

El escándalo del evangelio

Un aspecto insoslayable del evangelio de nuestro Señor Jesucristo es que siempre será una ofensa y un escándalo para la mente humana natural. Nosotros podríamos intentar modificarlo o acomodarlo para que no lo sea, pero esto es imposible. Siempre, de alguna manera, el evangelio ofenderá a muchos. Si quitásemos el escándalo del evangelio, estaríamos en riesgo de perder totalmente su mensaje.

Durante los días de su ministerio terrenal, el Señor Jesús debió confrontar la ácida oposición de quienes, paradójicamente, deberían haberse alegrado de ver cómo él buscaba a los pecadores para salvarlos. La idea de un Salvador moribundo, clavado en una cruz sangrienta, que nos ofrece un reino glorioso por toda la eternidad, y cuyo rechazo ubica al ilustrado hombre moderno en el camino de la condenación, resulta en extremo escandalosa y provocadora.

Aun así, la llama celestial encendida en el corazón de los primeros discípulos de Cristo sigue encendida, y su potente testimonio se mantendrá firme en sus siervos fieles.

Todo esto es inspirado desde el Trono, donde hoy está nuestro bendito Salvador, quien vino a buscar y a salvar lo que se había perdido, relacionándose con los pecadores hasta en su muerte en la cruz, al salvar a uno de los malhechores crucificados con él: *“Hoy estarás conmigo en el paraíso”*.

Sin el arrepentimiento no hay perdón de pecados.

El arrepentimiento

J.C. Ryle

“Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Luc. 13:3).

El texto que encabeza esta página, a primera vista parece inflexible y severo: «*Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente*». Me imagino que algunos dirían: «¿Es este el evangelio? ¿Son estas las buenas nuevas?». «*Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?*» (Juan 6:60).

Pero, ¿de la boca de quién salieron estas palabras? Salieron de la boca de Aquel que nos ama con un amor que sobrepasa todo entendimiento, sí, Jesucristo, el Hijo de Dios. Fueron dichas por Aquel que tanto nos amó que dejó el cielo por nosotros, vino al mundo por nosotros, fue a la cruz por nosotros, fue al sepulcro por nosotros y murió por nuestros pecados. Las palabras que salen de una boca como esta son indudablemente palabras de amor.

Después de todo, ¿qué prueba más grande de amor puede haber que el que uno advierta a su amigo de un peligro inminente? El padre que ve a su hijo caminando hacia el borde de un precipicio, al verlo, exclama bruscamente: «¡Hijo, detente, detente!».

¿Quiere decir esto que ese padre no ama a su hijo? La tierna madre que ve a su infante a punto de comer una mora venenosa y exclama bruscamente: «¡Detente, detente! ¡Deja eso!», ¿quiere decir esto que la madre no ama a esa criatura?

Es la indiferencia la que no molesta a la gente y deja que cada uno se vaya por su propio camino. Es el amor, el amor tierno el que advierte y da el grito de alarma. El grito de «*¡Fuego, fuego!*» a medianoche puede sobresaltar súbita y desagradablemente al hombre que duerme. Pero, ¿quién se va a quejar si ese grito significa la salvación de una vida? Las palabras: «*Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente*», al principio pueden parecer duras y severas. Pero son palabras de amor, y pueden ser la única manera de librar del infierno a almas preciosas.

Consideremos ahora la *necesidad* del arrepentimiento: *¿Por qué es necesario el arrepentimiento?* El texto al principio de esta página muestra claramente la necesidad del arrepenti-

miento. Las palabras de nuestro Señor Jesucristo son precisas, expresivas y enfáticas: «Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente». Todos, *todos* sin excepción necesitan arrepentirse delante de Dios. Es necesario no solo para los ladrones, homicidas, borrachos, adúlteros, fornicarios y reos en las cárceles. No. Todos los nacidos de la simiente de Adán, *todos* sin excepción necesitan arrepentirse delante de Dios.

La reina en su trono y el indigente en un albergue; el rico en su sala y la sirvienta en la cocina; el profesor en la universidad y el muchachito pobre e ignorante detrás del arado... todos, por naturaleza, necesitan el arrepentimiento. Todos son nacidos en pecado; y todos tienen que arrepentirse y convertirse para ser salvos. El corazón de todos tiene que ser cambiado en lo que al pecado respecta.

Todos tienen que arrepentirse al igual que creer en el evangelio. «*De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*» (Mat. 18:3). «*Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente*» (Luc. 13:3).

Pero, ¿de dónde viene la necesidad del arrepentimiento? ¿Por qué se usa un lenguaje tan tremendamente fuerte en relación con esta necesidad? ¿Cuáles son las razones por las cuales el arrepentimiento es tan indispensable?

a) Por un lado, sin el arrepentimiento no hay perdón de pecados. Al decir esto, tengo que cuidarme de que se me malinterprete. Le pido enfáticamente que no me entienda mal: *las lágrimas de arrepentimiento no lavan ningún pecado*. Es mala enseñanza cristiana decir que lo hacen. Ese es el oficio, esa es la obra de la sangre de Cristo exclusivamente.

La contrición —el dolor sincero por hacer el mal—, no expía ninguna transgresión. Es una teología espantosa decir que lo hace. De ninguna manera puede. Nuestro mejor arrepentimiento es deficiente, imperfecto y debemos repetirlo una y otra vez. Nuestra mejor contrición tiene suficientes defectos como para hundirnos en el infierno.

Somos contados como justos delante de Dios únicamente por medio de nuestro Señor Jesucristo, por fe, y no por nuestras propias obras ni por nuestros méritos, ni por nuestro arrepentimiento, santidad, ni obras de caridad, no por recibir ningún sacramento ni nada parecido. Todo esto es absolutamente cierto. No obstante, no es menos cierto que la gente justificada es siempre gente arrepentida y que el pecador perdonado es siempre un hombre que deplora y aborrece sus pecados.

Dios en Cristo está dispuesto a recibir al hombre rebelde y darle paz con que solo venga a él en nombre de

¿Cuáles son las razones por las cuales el arrepentimiento es tan indispensable?

Cristo, por más malvado que haya sido. Pero Dios requiere, y con justicia, que el rebelde renuncie a sus armas. Dios está listo para compadecerse, perdonar, quitar, limpiar, lavar, santificar y preparar para el cielo. Pero él anhela ver al hombre aborrecer los pecados que quiere que le sean perdonados.

Quienquiera, llame «legalidad» a esto, o llámelo «esclavitud». Yo me baso en las Escrituras. El testimonio de la palabra de Dios es claro e indubitable. La gente justificada es siempre gente arrepentida. Sin arrepentimiento, no hay perdón de pecados.

b) Por otro lado, sin arrepentimiento no hay felicidad alguna en la vida presente. Puede haber optimismo, entusiasmo, risa y alegría mientras hay buena salud y dinero en el bolsillo. Pero estas cosas no significan felicidad sólida. Hay en todos los hombres una conciencia, y esa conciencia tiene que ser satisfecha. Mientras que la conciencia sienta que el pecado no ha causado arrepentimiento y no ha sido abandonado, no estará tranquila y no dejará que el hombre se sienta tranquilo por dentro.

c) Además, sin arrepentimiento no puede haber idoneidad para el cielo en el mundo venidero. El cielo es un lugar preparado, y los que van al cielo tienen que ser un pueblo preparado. Nuestro corazón tiene que estar en armonía con las labores del cielo, de otra manera el cielo mismo sería una morada amarga. Nuestra mente tiene que estar en armonía con los habitantes del cielo, o de hecho la sociedad del cielo pronto nos resultaría intolerable.

¿Qué cosa podría hacer usted en el cielo si llega allí con un corazón que ama el pecado? ¿Con cuál de los santos hablaría? ¿Junto a quién se sentaría? ¡Seguramente los ángeles de Dios no producirían música melodiosa en el corazón del que no puede aguantar a los santos en la tierra y que nunca alabaron al Cordero por su amor redentor! ¡Oh, no! No puede haber felicidad alguna en el cielo, si allí llegamos con un corazón impenitente.

Le ruego por las misericordias de Dios que considere profundamente lo que he estado diciendo. Vive usted en un mundo de engaños, falsedades y mentiras. Que nadie lo engañe en cuanto a la necesidad del arrepentimiento. ¡Oh, que los que profesan ser cristianos vieran, supieran y sintieran más de lo que hacen, de la *necesidad*, la necesidad *absoluta* de un auténtico arrepentimiento ante Dios!

Hay muchas cosas que no son necesarias. Las riquezas no son necesarias. La salud no es necesaria. La ropa fina no es necesaria. Los dones y el mucho saber no son necesarios. Millones han llegado al cielo sin todo eso. Miles están llegando al cielo cada año sin todo esto. Pero *nadie* ha llegado al cielo sin «*el arrepentimiento para con Dios, y la fe en nuestro Señor Jesucristo*» (Hech. 20:21).

No permita que nunca nadie lo conzenga de que cualquier religión, en la que el arrepentimiento ante Dios no ocupa un lugar prominente, merece ser llamada **el** evangelio. No puede ser **el** evangelio aquel en el cual el arrepentimiento no es primordial. Un evangelio así es el evangelio del hombre, pero no el de Dios; viene de la tierra, pero no del cielo. Tal evangelio no es de ninguna manera **el** evangelio.

Mientras abraza usted sus pecados y se aferre a sus pecados y tenga sus pecados, puede hablar todo lo que quiera sobre el evangelio, *pero sus pecados no han sido perdonados*. Si gusta, puede llamarlo legalismo. Si gusta, puede decir: «Espero que al final todo resulte bien. Dios es misericordioso, Dios es amor. Cristo murió. Espero ir al cielo al final». ¡No! Le afirmo que eso no está bien, nunca estará bien. Está usted pisoteando la sangre de la expiación. No tie-

ne hasta ahora arte ni parte con Cristo.

Mientras que no se arrepienta del pecado, el evangelio de nuestro Señor Jesucristo no es evangelio para su alma. Cristo es un Salvador *del* pecado, no un Salvador para el hombre *en* pecado. Si el hombre quiere retener sus pecados, el día vendrá cuando ese Salvador misericordioso le dirá: «*Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles*» (Mat. 25:41).

Que nadie le haga creer que usted puede ser feliz en este mundo sin el arrepentimiento. ¡Oh, no! Cuanto más siga sin arrepentirse, más infeliz será su corazón. Cuando vaya envejeciendo y peine canas—cuando ya no pueda ir a donde una vez iba, y disfrutar de lo que antes disfrutaba—la desdicha y el sufrimiento lo atacarán como un hombre armado. Escríbalo en las tablas de su corazón: *¡Sin arrepentimiento no hay paz!*

Espero ver muchas maravillas en el día final. Espero ver algunos a la derecha del Señor Jesucristo quienes yo temía ver a su izquierda. Y veré a algunos a la izquierda que suponía buenos creyentes y esperaba ver a la derecha. Pero estoy seguro de una cosa que no veré. No veré a la derecha de Jesucristo a ningún hombre impenitente.

Tomado de *Portavoz de la Gracia*.

Revisando algunos rasgos significativos acerca del anuncio del evangelio.

Marcas esenciales del Evangelio



Rodrigo Abarca

Lectura: Juan 1:35-47.

En el evangelio de Juan capítulo 1 aparecen en escena los primeros discípulos de Jesús. Es el comienzo del último evangelio, escrito entre los años 80 y 90 d. de C. Juan mismo aparece en el relato del capítulo 1, aunque no menciona su nombre. Más adelante, se identifica como *«aquel discípulo a quien Jesús amaba»*, o algo similar. Aquí, aparece solo como un discípulo que estaba junto a Juan el Bautista, cuando el profeta reconoció a Jesús como el Cordero de Dios, y entonces, él siguió a Jesús.

En consecuencia, Juan, el evangelista, fue uno de los primeros discípulos del Señor, junto con Andrés, hermano de Pedro. La historia dice que, tras la destrucción de Jerusalén en el año 70 d. de C., Juan se radicó en la ciudad de Éfeso, donde el apóstol Pablo ya había predicado el evangelio y establecido una iglesia. Juan vivió allí hasta el final de su larga vida y escribió su evangelio.

En su narración de los eventos más notables de la vida del Señor, hay detalles que no se hallan

en los otros relatos. Los demás evangelios tienen varios pasajes en común. Sin embargo, Juan tiene una visión diferente, que complementa los demás. Este evangelio ofrece, diremos así, el punto de vista muy particular de un discípulo que fue el más íntimo del Señor.

Juan se describe, por ejemplo, como aquel que recostaba su cabeza en el pecho de Jesús, la noche en que éste fue entregado. Fue el único discípulo que estuvo al pie de la cruz cuando Jesús murió. Vio la crucifixión, los padecimientos y la muerte del Señor. Él fue un testigo directo, más que cualquier otro, de las palabras y los hechos esenciales de la vida de Jesús.

Hablando a los gentiles

Siendo ya anciano, Juan escribió su evangelio para las iglesias gentiles de la región de Éfeso, aquellas mencionadas en el libro de Apocalipsis. Allí ejerció su ministerio en sus últimos días, en un ambiente cultural muy diferente a aquel del cual procedía. Juan era un judío galileo, pero ahora su evangelio está dirigido a una audiencia de contexto griego y gentil.

Por ello, hace un gran esfuerzo para comunicar su mensaje de una manera que suene plausible. En este sentido, hay muchas aclaraciones

necesarias en su relato. Por ejemplo, en el versículo 1:41, él dice: «*Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)*». Mesías era el nombre que daban los judíos al «libertador» que vendría, anunciado por los profetas. Juan explica: «*que traducido es, el Cristo*». Su público no sabía nada del Mesías, por eso lo traduce como «Cristo», que en griego significa «Ungido». Después, el relato continúa: «*Jesús dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro)*». En arameo, *Cefas es piedra*. Entonces Juan traduce el nombre al griego como *Pedro*.

Nuestro mayor desafío en un esfuerzo misionero, es comunicar el evangelio a una cultura diferente, sin que este pierda su esencia. Un ejemplo de esto se encuentra en el primer versículo de Juan 1. «*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*».

Este breve versículo es vital para entender cómo el apóstol intenta comunicar la grandeza del evangelio a un público no judío. Aquí, Juan usa el término *Logos*, un concepto griego, traducido en nuestra Biblia como *Verbo* o *Palabra*. El *Logos* era un concepto cardinal para el pensamiento griego, pues era visto como la mente, la inteligencia, el orden

por detrás del universo, que sustentaba y daba significado a todas las cosas.

Lo interesante es que el apóstol Juan toma ese concepto y lo aplica al Señor Jesucristo, haciendo una conexión entre la cultura griega y el evangelio. Para los griegos, el Logos era algo sumamente elevado, incomprendible e inalcanzable para cualquier ser humano. Nadie podía conocer a aquel Logos divino, eterno e impersonal.

Juan, entonces, hace esta conexión para que el evangelio tenga sentido para ellos, afirmando: «*Y aquel Verbo fue hecho carne*» (Juan 1:14). Aquel Logos, que sustenta todo lo que existe, fue hecho carne, se hizo hombre. Esto fue un impacto violento para el pensamiento griego.

Para los griegos, la materia, el cuerpo físico humano, era una cosa vil, despreciable. Ellos pensaban que el alma humana estaba, de alguna forma, prisionera del cuerpo, y que la salvación del hombre era la liberación del alma de esa cárcel física. ¿Cómo podría el Logos eterno haberse hecho carne?

Entonces, allí comienza a tener sentido el mensaje del evangelio: «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros*». Él se hizo cercano, se hizo comprensible, tangi-

ble, audible. «*...y vimos su gloria*». Nosotros hablamos con él, lo tocamos, y vimos su gloria de Verbo eterno de Dios. Este es el mensaje que impactó tanto el corazón de la cultura griega; y que, finalmente, hizo que esa cultura entera se volviese hacia el Verbo encarnado. Tal es el poder del evangelio.

La palabra «evangelio» casi no es usada por el apóstol Juan en sus escritos; solo aparece dos veces en el libro de Apocalipsis. Él prefiere la expresión, «el testimonio de Jesucristo». La palabra «evangelio» significa «buena noticia». El mismo Señor usó esa palabra; pero Juan no, aunque está implícita en su evangelio.

Esto, porque nosotros fuimos llamados a ser testigos de Cristo, cuando anunciamos el evangelio bendito que nos ha sido encomendado como iglesia. En este sentido, comenzando su relato, Juan coloca algunas marcas fundamentales acerca de cómo debe ser anunciado el evangelio.

El testimonio de Juan el Bautista

«El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios. Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús. Y volviéndose Je-

sús, y viendo que le seguían, les dijo: *¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras? Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima*» (35-39).

El evangelio de Juan comienza contando que el precursor, Juan el Bautista, había venido del desierto a predicar arrepentimiento. Durante cuatrocientos años, después de Malaquías, hubo un silencio profético en la historia de Israel. No hubo profeta de parte de Dios.

Cuando apareció Juan, estaba lleno de un fuego santo, como el profeta Elías. Mucha gente salía de las ciudades para oírle. Entre ellos estaban los primeros discípulos del Señor: Andrés y Juan, el posterior evangelista.

Las multitudes venían para recibir el bautismo de arrepentimiento. Los escribas y fariseos fueron a preguntarle: *«¿Eres tú el profeta?»*, refiriéndose al Mesías que estaban esperando. Él responde: *«Yo no soy el Cristo. Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo»*. Así habla aquel de quien Jesús dice: *«Os digo que entre los nacidos de mujeres, no hay mayor profeta que Juan el Bautista»* (Luc. 7:28), mayor incluso que los

profetas antiguos: Moisés, Elías, Jeremías o Daniel.

Juan el Bautista declara: *«Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado»* (Juan 1:27). Ese era un trabajo de esclavo. *«Yo no soy digno aun de ser su esclavo»*. Juan era apenas una voz, anunciando a Aquel que venía tras él. Y agrega: *«Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego»* (Mat. 3:11). Solo Aquél que venía podría transformar totalmente la vida de aquellos que vinieran a él.

«Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él. Mas Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó» (Mat. 3:13-15). Jesús se unió a aquella fila porque se identificó con los pecadores, tomando nuestro lugar para salvarnos. Esta era la justicia de Dios que tenía que ser cumplida.

El evangelio de Juan no menciona este hecho, pero relata que cuando Juan el Bautista vio a Jesús, dijo: *«He*

aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Esta declaración es el corazón mismo del evangelio. Toda la profecía en la historia de Israel apuntaba hacia aquel Cordero. Allá, en el principio, Isaac preguntó a su padre Abraham: *«¿Dónde está el cordero para el holocausto?»* (Gén. 22:7). Hubo un cordero que tomó el lugar de Isaac, para salvar su vida. Esta es la idea fundamental del evangelio: la sustitución.

Recordemos la muerte de los primogénitos en Egipto. El ángel del Señor pasaría aquella noche y mataría a todos los primogénitos de esa tierra. Todos estaban condenados a muerte. Mas aquella noche un cordero fue sacrificado en cada hogar israelita, y su sangre fue puesta en los marcos de las puertas, para que, cuando pasase el exterminador, perdonase a los primogénitos que estaban bajo la sangre del cordero. ¡Qué maravilloso!

Por eso, Hebreos dice que nosotros somos la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, porque todos fuimos rescatados de la muerte por la sangre del Cordero. *«He aquí el Cordero de Dios»*, el verdadero, que realmente tiene el poder de quitar el pecado del mundo para siempre por medio

de su muerte, y salvar eternamente a aquellos que vienen a él.

«He aquí el Cordero de Dios». Es la mayor noticia de la historia de la humanidad. He aquí el Salvador. Cuando Andrés y Juan oyeron esas palabras, de inmediato olvidaron a su primer maestro y se fueron en pos de Jesús, porque él era el verdadero Cordero de Dios. Allí comienza la historia.

I. Ver, oír, tocar

Ahora veremos cuatro puntos fundamentales del evangelio. El primero es éste: *«Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras? Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día»* (Juan 1:38-39). *«Maestro, ¿dónde moras?»*. Esa pregunta es muy interesante, porque en la cultura judía, eso significaba: *«Queremos conocer más de ti; queremos saber quién eres tú»*. No era solo conocer su vivienda. Entonces Jesús les responde: *«Venid y ved»*.

Ese es el primer punto: Venir y ver. Es preciso saber que el evangelio es, básicamente, el testimonio de personas que vieron, oyeron y tocaron al Señor. Veamos algunos versículos para confirmar esto.

«Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y **vimos** su gloria» (1:14). Este es el énfasis. Luego, dice: «*También dio Juan testimonio, diciendo: **Vi** al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él*» (v. 32). «Y yo **le vi**, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios» (34). «Les dijo: Venid y **ved**» (v. 39). «Natanael le dijo: ¿De Nazaret puede salir algo de bueno? Le dijo Felipe: Ven y **ve**» (v. 46).

El evangelio es, antes que nada, un testimonio de personas que vieron al Señor.

Esto hace una diferencia radical con todas las religiones del mundo. Todas ellas: budismo, islamis-

Los testigos de Cristo

Veamos algunos versículos que nos ayudarán. Por ejemplo, 1 Juan 1:1: «*Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida*». Son hechos objetivos, que cualquiera puede verificar.

El evangelio no es meramente un dogma que debe ser creído a toda costa; no es un credo que debe ser aceptado ciegamente. Los creyentes debemos ser muy cuidadosos en este punto. El Señor no dijo a sus discípulos: «Aquí está el Credo que ustedes deben aceptar para seguirme». No, él les dijo: «*Venid y ved*».

Los discípulos realmente vieron el cielo abierto; pero, sobre todo, vieron el poder del Señor para transformar la vida humana.

mo, etc., se apoyan en experiencias místicas y privadas de ciertas personas, las que nadie más puede acreditar respecto a su veracidad. Mas, los relatos de Juan (y de los otros evangelios) se basan en hechos históricos objetivos acerca de la persona y las palabras del Señor, confirmados por muchos testigos oculares.

Ellos debían venir y obtener conclusiones ciertas por sí mismos. Jesús no les impuso una «verdad dogmática». Les dijo: «*Venid y ved*», para que ellos llegasen por sí mismos a la conclusión de que él era el Mesías, el Hijo de Dios.

Al estudiar cómo era predicado el evangelio en el principio, se puede

percibir que Juan no es el único que enfatiza ese punto. Veamos algunos versículos en el libro de los Hechos.

Pruebas indubitables

«...a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables» (Hech. 1:3). Evidencias que cualquiera podría examinar y concluir como ciertas. «Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído» (4:20). El evangelio no es el producto de la especulación de un gran filósofo o de las visiones de un gran místico. Está basado en hechos reales, que pueden ser verificados.

Otro ejemplo: «Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan» (Hech. 10:37). «Vosotros sabéis». Esto implica que eran cosas conocidas públicamente por todos.

La fe cristiana se apoya en hechos y evidencias que todos pueden indagar. Esto es muy interesante. Usted puede desafiar a cualquiera que vaya y averigüe si es verdad y si la historia confirma lo que decimos. Muchas personas que hicieron esa búsqueda honestamente, algunos grandes ateos y escépticos, llegaron a la conclusión de que era cierto y se convirtieron a Cristo.

El evangelio de Lucas comienza declarando: «Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, **después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido**» (Luc. 1:1-4).

Lucas investigó todo desde su origen y no se quedó simplemente con aquello que otros hablaron. Él verificó los hechos por sí mismo y tuvo la certeza de que estas cosas eran reales.

Entonces, cuando nosotros predicamos a un mundo escéptico, no debemos pensar que el evangelio es una mera cuestión de fe ciega, que es necesario aceptar solo porque la Biblia lo afirma. No. Nosotros tenemos que decir: «Estas cosas son ciertas, y cualquiera que haga una investigación honesta y razonable, basado en las evidencias disponibles, puede llegar a la misma conclusión que nosotros: Jesús realmente es el Cristo, el Mesías, que resucitó de entre los muertos».

Este es un rasgo principal del evangelio. Por eso dice: *«Y nosotros somos testigos de todas las cosas que Jesús hizo en la tierra de Judea y en Jerusalén; a quien mataron colgándole en un madero»* (Hech. 10:39). *«A éste levantó Dios al tercer día, e hizo que se manifestase; no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos»* (Hech. 10:40-41).

¿Qué nos dice Pedro? Que ellos vieron a Jesús resucitado, y comieron y bebieron con él. Alguien podría decir que no fue más que una ilusión, una alucinación o un fantasma. Pero no se puede comer y beber con un fantasma o una alucinación. Ellos lo habían visto y comprobado con sus propios ojos.

El testimonio de Dios

Bueno, eso aconteció hace dos mil años atrás. Ahora bien, ¿cómo podríamos hoy dar testimonio de hechos ocurridos hace tanto tiempo? 1 Juan 5:6 dice: *«Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad»*. Versículos 9-10: *«Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de*

Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo».

En la Escritura tenemos el testimonio de los apóstoles: Ellos atestiguan que vieron a Jesús resucitado, y comieron y bebieron con él. Ellos dan testimonio de todos los hechos de la vida de Cristo, en los evangelios. Tenemos una sola alternativa: creer o no creer en ellos. Pero, si usted cree en el testimonio de ellos, sabrá por sí mismo que esto es la verdad, porque el Espíritu Santo lo confirmará con su testimonio en su corazón. El Espíritu revelará a Cristo en su interior y usted conocerá la verdad de primera mano, pues tendrá el testimonio en usted mismo.

De esta manera, después, cuando usted habla, no habla de segunda mano, repitiendo sólo lo que otros dijeron, sino de aquello que usted mismo vio y oyó, por causa del Espíritu Santo. Porque el más grande de los testigos no es un hombre, sino el Espíritu Santo.

Cuando predicamos el evangelio, el Espíritu Santo también da testimonio, y revela la verdad acerca de Jesús. Y, cuando las personas creen, él trae el conocimiento de Cristo al corazón de aquellos que aceptan el

testimonio de los apóstoles. De esta manera, usted también se convierte en un testigo de Cristo. *«Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo»* (2 Cor. 4:6). Este es el primer punto – el evangelio es un testimonio.

2. Un encuentro personal

Veamos el segundo rasgo del evangelio. Juan y Andrés pasaron la noche con Jesús. Bastó una sola noche para que ellos quedaran totalmente convencidos de que Jesús era el Mesías, pues tal era la fuerza de la personalidad del Señor.

Cualquier persona que haga un esfuerzo honesto de acercarse y conocerlo, quedará impactada por él, porque no hay en toda la historia de la humanidad otro hombre semejante a Jesús.

«Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús. Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)» (Juan 1:40-41). Fueron necesarias solo unas pocas horas para llegar a la verdad, y comenzar a predicar la buena nueva. De inmediato se vol-

vieron testigos y predicadores del evangelio.

Andrés fue a buscar a su hermano Simón y lo trajo al Señor. *«Y mirándole Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro)»*. El segundo punto es que el evangelio siempre es personal. Juan relata muchos encuentros personales de Jesús con diferentes personas.

El contenido del evangelio nunca cambia, pero la manera en que se anuncia es diferente para cada uno. El Señor se aproximaba a cada persona de manera diferente, acorde con la realidad de cada una. Él habló de una manera a la mujer samaritana y de otra a Nicodemo. El mensaje es el mismo; todos acaban encontrándose con Jesús. Mas él siempre llega de una manera diferente y personal.

Este punto es vital para el anuncio del evangelio. Jesús tenía la delicadeza de amar y entender a las personas a quienes se acercaba. Él dialogó con la mujer samaritana y descubrió su corazón. La predicación del evangelio requiere la misma actitud del Señor. No debe ser un simple anuncio frío y mecánico. Es importante actuar como lo hacía el Señor.

El Señor hablaba a cada cual en su situación particular. *«Simón, tú se-*

rás llamado Cefas». Esto muestra un profundo conocimiento de quién era Pedro, y de lo que el Señor haría por él.

Cada uno es tocado de manera personal. Sin embargo, el Señor no se aproximó a él de una manera meramente individual, sino que lo hizo en un contexto colectivo.

El evangelio no es solo relacionamiento individual con Cristo. Siempre hay otros que también buscan al Señor. Unos traen a otros, formando así una comunidad de testigos. Cada uno con su historia personal, pero todos juntos, conociendo al Señor, porque él no vino a llamar meros individuos, sino a formar su iglesia.

3. Ofensa y escándalo del evangelio

«El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme. Y Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret. Natanael le dijo: ¿De Nazaret puede salir algo de bueno? Le dijo Felipe: Ven y ve» (Juan 1:43-46). Todo iba muy bien, hasta que fue mencionada Nazaret. *«¿De Nazaret puede salir algo de bueno?»*.

El tercer punto importante es que el evangelio es siempre una ofensa y un escándalo para la mente humana natural y mundana. Nosotros querríamos modificarlo o acomodarlo para que no sea un escándalo o una ofensa, pero esto es imposible. Siempre, de alguna manera, el evangelio ofenderá a la mente humana caída. Si quitamos el escándalo del evangelio, perdemos totalmente su mensaje.

Esto ocurrió con el liberalismo teológico. Ellos pensaban que el mensaje del evangelio tenía muchos elementos escandalosos para la mente «científica» moderna: los milagros, el nacimiento virginal de Jesús, la resurrección, etc. Todo eso era vergonzoso y era mejor evitarlo, acomodando el evangelio. Pero, el resultado fue que perdieron totalmente su mensaje.

El evangelio siempre escandalizará al mundo. Natanael respondió así, porque Nazaret ni siquiera era una aldea, sino un lugar tan insignificante, que hasta hoy los arqueólogos no han podido localizar dónde estaba. Por mucho tiempo, se creyó que era un invento, hasta que, pocos años atrás, fue descubierta una vasija con el nombre de Nazaret grabado en ella.

Era lógico que Natanael preguntase: *«¿De Nazaret puede salir algo de*

bueno?». ¿Saldría de allí el Salvador? ¿No dice la Escritura que el Cristo vendrá de Belén de Judá? Los judíos despreciaban a Nazaret, de «Galilea de los gentiles». Los fariseos dijeron a Nicodemo: «¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta» (Juan 7:52).

El tropiezo de la cruz

Pablo dice: «Y yo, hermanos, si aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? En tal caso se ha quitado el tropiezo de la cruz» (Gál. 5:11). Es decir, si yo quisiera predicar un evangelio que fuese aceptado por todos, que todos aplaudiesen, entonces necesitaría predicar el evangelio de la circuncisión, como los falsos apóstoles. Pero, al hacer eso, sería quitada la ofensa de la cruz.

La cruz era ofensiva para la mente humana natural. Probablemente hoy es más difícil entender lo que Pablo está diciendo. Haremos un poco de historia para entender el contexto desde el cual él está hablando.

La cruz era la forma de muerte más cruel que existía en el mundo antiguo, inventada por los romanos y reservada para los peores criminales. Alguien que moría en una cruz era necesariamente una persona

despreciable, que merecía ese tipo de castigo horrible. ¿Cómo era posible que un hombre muerto en una cruz fuese el Salvador? ¿Cómo podía un griego o un romano aceptar eso? Era una ofensa para todos.

Hoy vemos la cruz como un símbolo positivo. Las personas usan una cruz colgada al cuello. Sobre los templos, los hombres ponen una cruz, y la gente ve en ella un símbolo de amor. Pero esto es así porque la fe cristiana triunfó en el mundo occidental. Sin embargo, en sus comienzos, era como decir que un hombre ajusticiado en la horca, la silla eléctrica o la cámara de gas, era el salvador del mundo. ¿Usted creería una cosa así?

Para los judíos, esto también era una ofensa. La ley decía: «Maldito todo aquel que es colgado en un madero» (Gál. 3:13). Jesús murió como un maldito. ¿Cómo podría ser el Mesías que salvaría a Israel? Este es el tropiezo de la cruz. No podemos quitar la cruz, porque sin ella no existe el evangelio. Nosotros merecíamos morir como pecadores; mas él tomó nuestro lugar, llevó nuestra maldición, sufrió nuestro castigo y así nos salvó a todos.

4. Un encuentro con el Dios vivo

Y el último punto. «Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él: He aquí un verdadero israeli-

ta, en quien no hay engaño. Le dijo Natanael: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel» (Juan 1:47-49).

Ahora, nosotros realmente no sabemos qué ocurrió aquí. ¿Por qué estas palabras impactaron tan fuertemente a Natanael? No lo sabemos. Mas, el Señor reveló allí algo profundo del corazón de Natanael que solo este discípulo conocía y nadie más. Y cuando el Señor reveló su corazón en esas palabras, Natanael, plenamente convencido, declaró: «*Tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel*».

«Respondió Jesús y le dijo: ¿Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que estas verás. Y le dijo: De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre» (Juan 1:50-51). El cuarto punto es éste: El evangelio es siempre un encuentro sobrenatural con el Dios vivo, que está más allá de las capacidades, la inteligencia y el poder humano.

Es bueno tener todos los argumentos y pruebas; es bueno ser muy

convincentes y empáticos con las personas; y es bueno no olvidar la ofensa del evangelio. Sin embargo, todo eso no serviría de nada si al predicar el evangelio no está presente el Dios vivo, porque el único que salva es él.

Al ver al Señor, Natanael entró en contacto con una realidad espiritual y sobrenatural, superior a la vida humana. Eso trajo convicción total a su corazón. «*Cosas mayores que estas verás*». El evangelio significa que el cielo está abierto sobre la tierra. Dios mismo está obrando en la vida de los hombres para salvar, para curar, para libertar y para dar vida. De allí en adelante, los discípulos realmente vieron el cielo abierto; pero, sobre todo, vieron el poder del Señor para transformar la vida humana.

Este es el evangelio que se nos ha encomendado. Primeramente, el evangelio es un testimonio de hechos o experiencias reales de primera mano con el Señor. Segundo, es un encuentro personal con el Señor. Tercero, es una ofensa para la mente humana natural. Cuarto, es realmente un milagro, la manifestación del reino de Dios sobre la tierra y un encuentro sobrenatural con el Dios vivo.

Síntesis de un mensaje oral impartido en San Lorenzo (Brasil), en Septiembre de 2018.



Exhortación a un cambio de actitud
en nuestra tarea como iglesia.

Rompiendo la inercia

Rubén Chacón



Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”.

— Lucas 19:10.

Queremos insistir con una palabra que hemos estado oyendo en este último tiempo, siguiendo la dirección que el Espíritu Santo quiere darnos.

Esta no es una palabra nueva. Y ¿por qué insistir? Porque nosotros no debemos ignorar la voluntad de Dios, así que la enseñanza es muy importante. Pero eso no lo es todo, las cosas no terminan cuando las sabemos. Es una bendición el saber, pero necesitamos hacer lo que sabemos.

No es suficiente la enseñanza; tiene que haber también exhortación. La exhortación busca que hagamos aquello que sabemos y que no estamos haciendo. Y una vez en acción, la exhortación debe permanecer, para que no abandonemos la práctica. La tendencia natural es a dejar de hacerlo después de un tiempo. Por eso, la Escritura nos manda a perseverar, a seguir adelante.

Necesitamos una revolución

Anticipando un poco el tema a compartir, diremos que necesitamos con urgencia una revolución; necesitamos que el Señor nos revolucione, rompiendo la inercia en la cual estamos. Y aunque la palabra viene, pareciera que es tan fuerte esta inercia, que al Señor no le será cosa fácil reordenarnos.

Pido al Señor que nos revolucione y que nos sacuda, porque, si no cambiamos de actitud, estamos destinados a desaparecer como movimiento, con estas riquezas que el Señor ha depositado en nuestras manos. Si no estamos dispuestos a seguirle a donde nos quiere llevar, él no nos confiará más cosas.

Nosotros somos una fracción de la iglesia que tiene como rasgo principal ser un movimiento de restauración. Caminamos recuperando aquello que la iglesia perdió. Estamos abiertos a seguir al Señor hacia la normalidad, somos llamados a recuperar y hacer nuestro todo aquello que pertenece a la iglesia.

Hay un aspecto de esa recuperación que no se ha producido aún, a pesar de los años que llevamos caminando juntos. La exhortación que se nos hace acerca del sentir de Cristo, nos dice que no podemos seguir pensando que todo lo que ocurre

aquí, lo que el Señor nos da, solo es para nuestro propio regocijo, beneplácito o edificación, y ahí termina todo. Por eso, insisto, necesitamos una revolución. ¿Estamos realmente dispuestos a oír lo que el Señor nos diga que necesitamos hacer?

Días atrás, hubo un compartir en Brasil donde se habló sobre las marcas de una iglesia madura. Entre ellas, por ejemplo, se mencionó que una iglesia madura tiene fundamentos claros, que los hermanos tienen relaciones firmes y sanas, y se enfatizó el lugar que ocupa Cristo: su centralidad y supremacía.

A ello, podríamos agregar que esa iglesia madura evangeliza, que todos los santos están testificando del Señor frente a las personas que no lo conocen. No podría estar ausente en nosotros esta marca, si hablamos de restaurar la iglesia del Señor y nos definimos como un movimiento de recuperación. El Señor quiere que atendamos hoy a esta dirección, a este soplo del Espíritu, porque necesitamos un giro.

Nuestra realidad

Se sabe que este país se está volviendo viejo. La tasa de natalidad va cayendo, y el país se llenará de personas que van envejeciendo. Si nosotros extrapolamos esto, significa que el país va a desaparecer. Creo que

esa es también nuestra realidad espiritual – una tasa de natalidad muy baja.

Somos como presa de una fuerza centrípeta, que nos hace girar en torno a nosotros mismos, aquí en lo interno, bien guardados, pero ajenos del mundo, sin contacto con los perdidos, con la gente que no conoce al Señor.

Cuando una persona recién se convierte, aún tiene todas las redes, todos los contactos. Si se gana a alguien para Cristo, detrás de él hay muchos otros que, si fuéramos sabios, podríamos no solo ganarlos a ellos, sino a toda la red con la cual están relacionados.

Nosotros no hacemos eso. Al contrario, a medida que pasa el tiempo, vamos cortando todas nuestras relaciones con los que no conocen al Señor, incluso con nuestros propios familiares inconversos. Nos aislamos y llegamos a ser como bichos raros, fanáticos, desechando a nuestros parientes. Ellos nos invitaron a un par de cumpleaños, y luego ya no fuimos más.

Pareciera que alguien nos enseñó que los hijos de Dios no deben juntarse con los inconversos. Eso hemos hecho en la práctica. Así que necesitamos una revolución.

Buscar y salvar

«Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10). Este es el texto que resume todo el evangelio de Lucas.

Son palabras del propio Señor Jesucristo. Esta es la razón por la cual él vino al mundo – a buscar y a salvar lo que se había perdido. Este versículo aparece también en Mateo 18:11: *«Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido»*. Aquí falta el verbo *buscar*. Y no es casualidad, porque el énfasis de Lucas es precisamente mostrar ese aspecto.

El Hijo del Hombre vino a salvar lo que se había perdido. Nosotros somos evidencia de eso. Estábamos perdidos, y el Señor nos salvó. Pero lo interesante del testimonio de Lucas es que, antes de salvar o para efectos de salvar, el Señor salió a buscar lo que tenía que ser salvo.

Nosotros oramos diciendo: «¡Que vengan! ¡Las puertas están abiertas; los recibiremos con amor!». Pero ese no es el sentir de Cristo, no es el Espíritu de Cristo. Porque no vendrán, a menos que salgamos a buscarlos. Para nosotros, esto tiene que significar una revolución, tiene que desestructurarnos. Nosotros estamos vueltos hacia adentro, y el Se-

ñor quiere que nos volvamos hacia afuera. Él dejó su trono y vino a la tierra. No nos predicó desde arriba con un megáfono celestial. No, él se hizo hombre, y vino a vivir entre nosotros.

Pero eso no es todo. Lucas relata cómo, estando aquí, ya en la tierra, Jesús se vino a introducir entre los pecadores, relacionándose con ellos. En el evangelio, todos sus contactos son con gente pecadora, a la cual nosotros evitamos, porque somos santos y no nos queremos contaminar.

Nosotros estamos llamados a ser conformados a la imagen de Cristo. En este punto, estamos lejos de ser como él, y necesitamos corregir el rumbo. El Señor tiene que hacer una cirugía radical, porque pareciera que

mos del paso más importante: que él dejó el cielo y vino a la tierra. Pero ahora, estando en la tierra, ¿cómo él salió a buscar? Que, siguiendo el ejemplo del Señor, nosotros podamos ser realmente sacudidos y redireccionados.

Lucas 5:27 relata el llamamiento de Leví, conocido por nosotros como Mateo. Leví era un publicano, la gente más aborrecida en esa época. Eran judíos que trabajaban para el imperio romano, considerados traidores. Además de eso, ellos cobraban impuestos a los judíos para el imperio romano.

«Después de estas cosas salió, y vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y dejándolo todo, se levantó y le siguió. Y Leví le hizo

Necesitamos recuperar una iglesia normal, donde cada hermano tiene la actitud correcta hacia los perdidos.

aún no estamos entendiendo. Algo deberá ocurrir, porque si no, estamos destinados a desaparecer.

El sentir de Jesús

Hagamos un breve recorrido en el evangelio de Lucas, viendo cómo el Señor Jesús salió a buscar y a salvar lo que se había perdido. Ya habla-

gran banquete en su casa; y había mucha compañía de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos» (Luc. 5:27-29).

El Señor, con una sola palabra: «Sígueme», pudo convertir el corazón de Mateo. Aquel recién convertido, lleno de gozo y de gratitud, hizo un

gran banquete en su casa, para celebrar su conversión, e invitó a Jesús y a sus discípulos. Pero, además a todos sus contactos, sus compañeros de trabajo, esta gente rechazada por la sociedad judía, «y de otros que estaban a la mesa con ellos», de seguro también pecadores.

El escándalo del evangelio

¿Usted iría a una fiesta que estará llena de mundanos? El dueño de casa se acaba de convertir; es una buena razón para ir, pero habrá muchos pecadores. Y el Señor Jesús, el hombre más espiritual que ha pisado esta tierra, fue, y fue con sus discípulos.

Si usted contesta que sí habría ido, entonces prepárese. El versículo 30 dice: «Y los escribas y los fariseos murmuraban contra los discípulos, diciendo: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?».

Así que, si usted se va a juntar con los inconversos, si se va a relacionar con los que no conocen al Señor, prepárese, porque lo van a criticar. ¿Quiénes son hoy el equivalente a los escribas y los fariseos? Es muy fuerte reconocerlo, pero en realidad somos nosotros mismos: «Hermano, usted está llamado a la comunión de los santos. ¡Qué hace juntándose con gente de esa calaña!».

Pero el Señor estaba allí, en la fiesta. Estaba gozoso viendo cómo Mateo atendía. Y qué preciosa es su respuesta: «Respondiendo Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento» (v. 31-32).

En otras palabras: «Ustedes, evangélicos fariseos, ¿dónde esperan hallarme? ¿Por qué les escandaliza verme aquí? Si he venido a llamar a los pecadores al arrepentimiento, lo lógico es que me hallen entre ellos. ¿Dónde esperan encontrar a un médico, entre los sanos o entre los enfermos?».

¿Dónde deberían encontrarte a ti? Cuando los hermanos pasan a tu lado, ¿con quién deberían verte hablando y relacionándose? Esto no significa que abandonemos la comunión de los santos. Por supuesto, tenemos tal comunión; pero también tenemos una misión hacia el mundo. Así que sería lo más natural que nos vean hablando con personas que no conocen al Señor, participando con ellos en sus actividades.

La nueva espiritualidad

¿Tendremos la espiritualidad para hacer eso? Podría ser algo peligroso. Cabría pensar: «Yo apenas me estoy salvando entre los hermanos;

si me asocio con los incrédulos, tal vez se pierdan ellos y yo». ¿Tendremos la espiritualidad de Cristo? Si no es así, el problema es más grave aún. Quiere decir que el fundamento tampoco está bien puesto, a pesar de permanecer aquí, encerrados y ensimismados.

«Y dijo el Señor: ¿A qué, pues, compararé los hombres de esta generación, y a qué son semejantes? Semejantes son a los muchachos sentados en la plaza, que dan voces unos a otros y dicen: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no llorasteis. Porque vino Juan el Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y decís: Demonio tiene. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: Este es un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores» (Luc. 7:31-34).

Juan el Bautista representa la espiritualidad del Antiguo Testamento, donde el mandato de Dios era separarse de los pueblos paganos. Juan, el último profeta de esa dispensación, vino en ese carácter; por eso, él no comía pan ni bebía vino. Pero Jesús reprocha a los judíos, porque esto tampoco les gustó, y dijeron: *«Demonio tiene»*. Ahora vino él, que representa la espiritualidad del Nuevo Pacto, y fue tildado de *«hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y*

de pecadores». ¿Quién los entendía?

El Señor no dudó en citar lo que la gente decía de él. Al juntarse con los pecadores, él se ganó esa fama. ¿Querría usted ganarse esos elogios? ¿Y quiénes harán este comentario? ¡Los mismos creyentes! Hermanos, ¿quieren parecerse a Jesús? ¿Estamos entendiendo lo que tenemos que hacer? ¿Es lo que hemos estado haciendo hasta ahora?

En Lucas 7:36-50, Jesús visita la casa de un fariseo. A menudo, el Señor confrontaba a los fariseos. Pero, como él vino a buscar y a salvar lo que se había perdido, un fariseo llamado Simón lo invitó a almorzar, y allí se relata una escena muy singular. Una mujer pecadora entró en casa de Simón y empezó a lavar los pies de Jesús con sus lágrimas y a besarlos. ¡El Señor dejándose besar los pies por una prostituta! ¡Qué escándalo a los ojos de los religiosos!

El atractivo de Jesús

«Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come» (Luc. 15:1-3). Al Señor le ocurría eso; todos se acercaban a él para oírle. ¿Por qué a nosotros no nos ocurre así? ¿Por

qué, más bien, huyen de nosotros? ¿Dónde estaba la clave? Él los recibía. ¿Qué significa eso? Recuerden el texto de Romanos 15:7: «*Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios*».

Jesús recibía a los pecadores, porque se interesaba por ellos. Él los amaba, sentía compasión por ellos, porque los veía desamparados y quería ayudarles. Por eso, se sentaba a comer con ellos.

¿Usted iría a comer a la casa de aquellos que no conocen al Señor? «Yo no soporto a esta persona, que fuma y dice palabras soeces; prefiero compartir con los hermanos». Claro, esto tiene su tiempo y su lugar. Pero el Señor recibía a los pecadores y comía con ellos; con razón querían oírlo.

En el capítulo 15, el Señor refiere tres parábolas: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo, para tratar de corregir la hipocresía de los escribas y fariseos. En las tres parábolas, cuando lo perdido es hallado, hay gozo. «*Habrás más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento*» (v. 7).

Con eso, el Señor les está diciendo a los fariseos que deberían alegrarse

de verlo con los pecadores. Ellos deberían estar contentos al ver cómo él buscaba salvarlos. Deberías llenarte de alegría cuando veas a un hermano haciendo eso. Y en la última parábola, Jesús representó a los escribas y fariseos en el hermano mayor. Éste, cuando el hijo fue hallado y el padre hizo fiesta, se enojó. ¿Usted quiere parecerse a Cristo? ¿Está dispuesto a ser criticado?

Lucas 19 registra la conocida historia de Zaqueo, jefe de los publicanos. ¡El Señor fue a su casa, y Zaqueo fue salvo! «*Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador*». Y Jesús dice: «*Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido*».

Si nosotros hubiésemos vivido en aquella época, ¿en qué grupo estaríamos? ¿En el grupo de los discípulos que seguían al Señor y a todos sus contactos y relaciones, o entre los escribas y fariseos? ¿Entre los que andaban con Jesús o entre los que murmuraban contra él? Si Jesús hubiese pertenecido a una iglesia de nuestro tiempo, es seguro que, si no lo expulsan, ya lo habrían puesto en disciplina.

Contado con los inicuos

En Lucas 22, el Señor está a punto de ser arrestado. Él sabe que ya vie-

ne la turba, encabezada por Judas, que le entregará con un beso. «Y les dijo: Pues ahora, el que tiene bolsa, tómelala, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una» (v. 36). ¡El Señor arma a sus discípulos! «Porque os digo que es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito: Y fue contado con los inicuos; porque lo que está escrito de mí, tiene cumplimiento» (v. 37).

O sea, él fue hallado como si fuera un inicuo más, junto a otros inicuos. «Entonces ellos dijeron: Señor, aquí hay dos espadas. Y él les dijo: Basta» (v. 38). ¿Qué significa esto? En forma deliberada, Jesús está diciendo: «Quiero que se sepa que fui preso andando en medio de pandilleros armados».

Es como si un titular de nuestros días dijese: «El hermano Tal fue arrestado junto a un grupo de jóvenes que se estaban drogando en la calle». Creo que el Señor hizo esto para nosotros, para que por la eternidad quede claro a los ángeles y a todos los hombres, que él no les hizo asco a los pecadores, los amó, se interesó en ellos, estuvo cerca y comió con ellos, para rescatarlos, para salvarlos, para liberarlos.

¡Qué impresionante! Es como para llorar. ¡Qué diferente a nosotros! Es una actitud y una conducta tan dis-

tinta. ¿Somos más santos que el Señor? Él es el más santo y espiritual. ¿Qué somos nosotros, entonces, con una actitud tan farisaica?

Por último, ¿cómo murió el Señor? Lucas 23. Esto también nos conmueve. Aquí están llevando al Señor al Calvario. «Llevaban también con él a otros dos, que eran malhechores, para ser muertos» (v. 32). Hasta en la muerte, sigue junto con ellos.

«Yo quiero morir en mi casa, entre los hermanos. En mis últimos momentos, quisiera que llegaran los hermanos y cantaran». Pero, ¿cómo eligió morir el Señor? Entre dos malhechores, uno a su izquierda y otro a su derecha. Los otros evangelios dicen que en ese momento se cumplió la Escritura que dice: «Fue contado entre los inicuos». Lucas lo puso antes.

Jesús está muriendo en la cruz como un malhechor más, en medio de dos pecadores que están siendo justamente castigados. Hasta en su muerte, él estuvo relacionado con los pecadores. Y él no perdió aun esa oportunidad: de los dos, salvó a uno. «Hoy estarás conmigo en el paraíso». ¡Aleluya!

Jesús salió a buscar lo que se había perdido. Y nosotros, ¿estamos saliendo a buscar? Entonces, hay que

empezar por algo. El hacer algunas reuniones esporádicas de evangelismo no es la normalidad en la iglesia. No. La normalidad en la iglesia la alcanzaremos si cambiamos de actitud. Si el Señor derriba nuestro fariseísmo, si verdaderamente somos santos y espirituales, entonces tendremos la actitud de Jesús. Eso nos transformará en una iglesia normal.

En este aspecto, necesitamos recuperar una iglesia normal, donde cada hermano tiene la actitud correcta hacia los perdidos, y ésta significa ir y acercarse a los inconversos. Asiste a sus celebraciones cuando te inviten. Claro, a nosotros ya, después de tantos años distanciados, ya no nos toman en cuenta, ni para avisarnos que falleció el tío. No será fácil retomar aquello.

Un cambio de actitud

¿Tenemos la espiritualidad para hacer esto? La idea es que, si te arrestan con una banda de drogadictos, tú no estabas drogándote con ellos. Tú estabas allí hablándoles del Señor. ¿Tendremos la espiritualidad para actuar como Jesús? Si no es así, quedémonos aquí encerrados, seguros. Pero, si queremos ser como el Maestro, hemos de tener una actitud totalmente diferente con los pecadores, que no la tenemos hoy,

y por eso ellos no quieren oír lo que tenemos para decirles.

Reitero, necesitamos una revolución. Hay que desarmar esto, pero hay que actuar. No podemos seguir así. Por mucho que sigamos predicando, yo creo que esto no cambiará sin una medida radical que, es obvio, tiene que hacerla el Señor. Tiene que provocar un giro en 180 grados. Nosotros estamos vueltos hacia adentro, presa de una fuerza centrípeta, y tenemos que salir enviados hacia afuera.

Entonces no habrá necesidad de traer invitados. ¿Saben cuándo ellos llegarán aquí? Cuando ya vengan convertidos, sumándose a la comunión. Mientras tanto, les sugiero lo siguiente: Si van a hacer una reunión evangelística donde traerán gente que no conoce al Señor, el culto debe ser breve, a lo más de una hora y cuarto. Si queremos ganarlos para el Señor, y les damos una lata de dos horas y media, no volverán nunca más, porque ellos no han nacido de nuevo, y no entienden.

Si alguien llega convertido, es otra cosa. Si cambia nuestra actitud, y nosotros lo ganamos en el trabajo o en el vecindario, si nosotros mismos lo fuimos atendiendo y discipulando dos semanas antes de que llegara acá, eso sería otra cosa.

Pero si los vamos a traer, me parece bien. Debemos empezar con algo, y hagámoslo con sabiduría. Los cultos deben ser breves. Quizás más que predicaciones, un par de testimonios. Ahora, si queremos tenerlos después para hablarles, tengámosles un ágape, y mientras compartimos una bebida y un bocadillo, hablémosles del Señor en una conversación coloquial, informal, que les deje deseos de volver. Pero si se les predica largamente, no volverán

más, a menos que se conviertan ese día por esa palabra.

Espero, en la misericordia del Señor, haberlos incomodado y aun haberlos ofendido un poquito. Y si no pueden dormir esta noche, me alegraría mucho. Que su palabra nos deje inquietos, pidiéndole perdón al Señor y diciendo: «Revoluciónanos, Señor. Rompe nuestros esquemas culturales, farisaicos, y envíanos a los que están afuera». Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en Octubre de 2018.

¿Hay que tener fe para ser ateo?

La cuestión de la existencia de Dios preocupa a todo el mundo. Muchos hombres célebres han escrito sobre este tema. Voltaire, por ejemplo, reconoció: «El universo me molesta, y no puedo concebir que este reloj exista sin que exista su relojero». Por su parte, Isaac Newton escribió: «La maravillosa construcción del universo, con su incomparable armonía, solo pudo hacerse según los planes de un ser omnisciente y todopoderoso».

Ambos parten de la misma constatación, es decir, que el universo está tan bien hecho que no puede ser fruto del azar. Pero si Newton acepta la conclusión lógica que se impone, Voltaire, por el contrario, se queda en las preguntas, a pesar de que intelectualmente es más difícil negar la existencia de un Creador supremo que aceptarla.

Esto fue lo que quiso decir el autor cristiano Ralph Shallis en su libro *Hay que Tener Mucha Fe para Ser Ateo*. En realidad, el título es una broma, pues la facilidad con que el ateo acepta algo imposible (que este reloj exista y que no tenga relojero) no es tener fe. Esto demuestra una credulidad incompatible con la inteligencia.

La fe del que cree en Dios descansa en hechos palpables y le pone en relación con aquel que le habla. La Biblia emplea una palabra muy fuerte para designar al ateo; lo llama «necio». Tal severidad debería asustarnos.

LBS

La real inspiración de Cristo en el servicio de todos los creyentes.



El sentir de Cristo

Gonzalo Sepúlveda

“

Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos ... entendiéndolo primero, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”.

— 1 Ped. 1:10-11; 2 Ped. 1:20-21.

Los profetas del Antiguo Pacto

En sus dos epístolas, el apóstol Pedro reconoce la gracia del Señor en siervos de otro tiempo, los profetas del Antiguo Testamento, hombres de Dios que hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.

Aquellos eran hombres comunes, sujetos a pasiones semejantes a las nuestras; pero una cosa los hacía especiales: Dios estaba tras ellos. Ellos no hablaban sus propias palabras, ellos emitían

juicios, pero no eran sus juicios propios. Su inspiración era una instrucción, un mandato, que venía del cielo.

Sorpresivamente, aquí dice que el Espíritu de Cristo estaba en ellos. Ellos hablaron con autoridad, con firmeza, porque habían recibido una orden divina. A unos se les dijo: «Habla, te oigan o no quieran oírte, porque son pueblo de dura cerviz ... Tú vas a hablarles, pero no querrán oírte; pero yo he hecho tu rostro como un pedernal. Porque quieran o no quieran oír, sabrán que hubo un profeta entre ellos» (Ez. 2:4-5; 3:7-9)

Ellos hablaron con pasión y con lágrimas. Y dice la Escritura que el Espíritu de Cristo estaba en ellos, anunciando de antemano los padecimientos del Señor.

Daniel en su libro profético, anuncia cierto tiempo entre una semana y otra, lo cual intriga a los estudiosos. ¿Cuál es la semana de Daniel? Profetizando de los postreros días, del tiempo del fin, él habla de un día en que «se quitará la vida al Mesías» (Daniel 9:26). Eso apunta a los padecimientos del Hijo de Dios, que vino a este mundo y que dio su vida en la cruz por todos los hombres.

Daniel también describe una escena magnífica: «*Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las*

nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino ... su dominio es dominio eterno, que nunca pasará» (Dan. 7:13-14). Entonces, tenemos también en este profeta tanto los padecimientos como las glorias de Cristo.

¡Qué precioso era lo que ellos anunciaban, aun sabiendo que lo que administraban no era para sí mismos! La palabra anunciada, que podía encenderlos a ellos con esperanza, no se quedó detenida allí. Y aunque eso les costó a algunos la vida, la persecución o el dolor, no dejaron de proclamarla, porque era un mensaje que sería de bendición a muchos. Eran hombres de Dios hablándole a toda la humanidad.

¿Cómo se sentirían en medio de la multitud, al ver a la gente apática, endurecida, soberbia, llena de idolatría? Pero tenían aquel mensaje y no podían callarlo. ¡Gracias al Señor por aquellos siervos que agradaron su corazón! Pero si éstos fueron especiales, ¡cuánto más lo fue Cristo mismo presente en la tierra!

El sentir de Cristo

«*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús»* (Flp. 2:5). Al decir «vosotros», inclu-

ye a todos los creyentes que estamos asociados con Dios en Cristo, que le hemos recibido, sabiendo que no hay otro objetivo en la vida, que todo lo demás es pasajero, excepto Cristo y su gloria.

A nosotros se nos dice: «*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús*». ¿Cuál fue el sentir que gobernó al Señor Jesucristo en los días de su carne?

«...*el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres*» (Flp. 2:6-7). Si él se hubiese aferrado a su condición divina, habría demandado servicio permanente. Él no habría aceptado un humilde asno para entrar en Jerusalén, sino el majestuoso carruaje de un rey. Sin embargo, tomó forma de siervo, «*hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*» (v. 8).

Tomar forma de siervo y ser obediente hasta la muerte — éste es el sentir de Cristo. Está claramente explicado en los evangelios. Siendo Señor, él vino como siervo; siendo Dios, vino como hombre. Y en lugar de reclamar adoración, tomó una

toalla y un lebrillo, y lavó los pies polvorientos de sus discípulos.

Esa actitud de Jesús impactó profundamente sus corazones. Ya se habían dado cuenta, aunque no completamente, de cuán grande era el Señor. «¡Cómo tú, Señor, me lavas los pies!». Este es el sentir de Cristo. «Haya, pues, en vosotros, este sentir...». Esta palabra es para la iglesia, para nosotros.

Un error grave

Nosotros podríamos cometer un error muy grave. Podríamos estimar nuestra realidad como una condición muy especial, pensando: «Yo lo tengo todo en Cristo», y quedarnos tranquilos, satisfechos con todo lo que hemos recibido, y seguir recibiendo y recibiendo de la abundante gracia del Señor, pero sin dar, sin entregar. Todo lo que leo o escucho, toda la edificación, es para mí. Y solo quiero llenarme yo.

Sería un error decir: «Soy hijo de Dios; mi nombre está inscrito en los cielos, soy miembro del cuerpo de Cristo y el Señor es mi cabeza». Podemos dar charlas, conocer mucho y deleitarnos en ello; pero sin transmitir la palabra a otros, no dando de gracia lo que de gracia hemos recibido. Entonces, el sentir de Cristo no estaría en nosotros.

Que el Espíritu Santo nos inspire. Si aquellos siervos de antaño fueron fieles a Dios anunciando la palabra, aun cuando esto les costase la vida, cuánto más nosotros, ahora que el Señor ya vino, se levantó en gloriosa resurrección y está sentado a la diestra de la majestad en las alturas.

¡Ay del cristiano religioso que cree que todo es para él! Nosotros tenemos un llamamiento del cielo. Caminamos en la tierra, pero nuestro corazón le pertenece a Aquel que traspasó los cielos. Él debe ser el foco, la única inspiración de nuestra vida. Todo lo demás es añadidura.

Si no estamos viviendo así, estamos fracasando en la carrera. Somos cristianos, pero no tenemos el sentir de Cristo. El creyente real, que tiene en el Señor su foco, tendrá también en sí mismo el sentir de Cristo, para tomar forma de siervo, sentir lo que el Señor siente y amar lo que él ama.

El agrado del cielo

El cielo estaba contento con aquellos siervos como Isaías o Daniel, que hablaron del Cristo de la cruz con tanta delicadeza. Y, como hablaron anunciando las glorias que vendrían tras ellos, el cielo estuvo contento con esos siervos. Y qué decir del Señor Jesús. ¡Cómo se agradó el Padre de su Hijo! «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia».

Entonces, los siervos de este tiempo no podemos quedarnos quietos. Cuando no estamos presentes, sea en la oración corporativa, en el partimiento del pan, en la comunión unos con otros o para oír juntos la palabra, tenemos un sentimiento de pérdida, y eso es porque hay un fuego metido en nosotros, un río que está queriendo fluir.

¡Cuánto más, en este tiempo, el cielo tiene que agradarse de los creyentes! Por eso, el Señor nos insta a que se halle en nosotros este sentir. No somos señores, sino siervos. No buscamos el aplauso ni el halago. Tomamos la cruz, para que la gloria sea del Señor y no nuestra, tomando forma de siervos, con el sentir de Cristo, para servir a los demás.

El ejemplo del Maestro

«Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies» (Mat. 9:35-38).

Imaginemos esa escena. Él había venido del cielo, sabiendo que había salido del Padre. Y estando entre los hombres, miraba a la multitud. Eran cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Pudieron ser tal vez diez mil. Y él miraba a esos hombres, pero viendo sus corazones abatidos; sabía reconocer las lágrimas de esas mujeres, y veía a esos jóvenes sin esperanza y a esos niños inocentes.

En otro pasaje, leemos: *«Y Jesús, llamando a sus discípulos, dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y enviarlos en ayunas no quiero, no sea que desmayen en el camino»* (Mat. 15:32). ¡Qué amor de Cristo! Vio el hambre de ellos, pero no solo el hambre física, sino el hambre espiritual. Y quiso atenderlos. Simplemente tomó los panes, la poca disponibilidad que había, los bendijo, los multiplicó; todos se saciaron, ¡y sobró!

Cuando el Señor vio la multitud hambrienta, se conmovió su corazón, y suplió su necesidad. Pero, más que eso, él veía la condición de los hombres. Él sanó toda dolencia; vio la enfermedad de los hombres y más que la enfermedad física, las enfermedades del corazón. ¿Cómo ve el Señor al hombre? Lo ve enfermo. ¿Cómo ve las multitudes? Desamparadas.

Nuestro tiempo

Cuando el Señor ve la multitud de hoy, ¿cómo ve, por ejemplo, a nuestros jóvenes? Esclavos de las redes sociales, con amigos virtuales. En realidad, aquéllos son amigos falsos. Un amigo virtual puede ser un depredador, que busca obtener de ti el mayor provecho, y no le importará destruirte.

Esta es la sociedad actual, extremadamente entretenida. Basta apretar un botón y tienes cien canales; enciendes un computador y tienes miles de páginas. Pero eso es engañoso; en realidad, no tienes nada. Eso no es tuyo – hay una mente interesada detrás, que lo único que quiere es capturar tu atención.

Los creadores de dispositivos electrónicos han creado una alerta para avisarle al usuario: «Llevas mucho tiempo, ¡reacciona!». Pareciera que aquéllos son tan bien intencionados, ayudándote a restringir tu tiempo en internet. Pero ellos solo buscan que tú les dures otro poco, para seguir ganando contigo. Es como un drogadicto al cual le prolongan la vida para que continúe comprando droga. Si él se muere, ellos pierden una fuente de ingresos.

¿Cómo ve el Señor hoy día a las multitudes? Los ve dispersos, sin rumbo. Cuando uno conversa con

alguien es fácil percibir cuán dispersa es su conversación. Pasa de un tema a otro. Su vida, sus gastos, su descanso, todo, es disperso. Es decir, no está en el camino, no está enfocado – está perdido.

El hombre actual permanece igual. Lo único que ha cambiado es lo material. En aquellos tiempos, de seguro la multitud se vestía pobremente, comía mal, y no tenía comodidades. Hoy día, esa misma multitud llena los centros comerciales y las calles, y tiene muchas comodidades, pero con el mismo desamparo, la misma dispersión, la misma enfermedad y la misma hambre.

El Señor se negó a sí mismo, tomó forma de siervo, y miró a aquella multitud. Que él nos socorra para ver así el mundo, con sus ojos.

*perni-quebrada, no volvisteis al redil la descarriada, ni buscasteis la perdida, sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia. Y andan errantes por falta de pastor, y son presa de todas las fieras del campo, y se han dispersado. Anduvieron perdidas mis ovejas por todos los montes, y en todo collado alto; y en toda la faz de la tierra fueron esparcidas mis ovejas, **y no hubo quien las buscase, ni quien preguntase por ellas**» (4-6).*

Este es un reclamo del Señor; él tiene dolor en su corazón. Oigamos su sentir, recordando la expresión del Espíritu Santo: «*Haya, pues, en vosotros, este sentir que hubo también en Cristo Jesús*». Nosotros tenemos que sentir lo que sintió el Señor.

La inspiración de todo creyente nace de la comunión viva con su Señor.

¿Cómo el Señor está viendo nuestro vecindario, nuestra parentela? Hay personas a quienes el Señor quiere que tú sirvas. ¡Todos tenemos que servir!

El dolor del Señor

En Ezequiel 34, el Señor dice: «*No fortalecisteis las débiles, ni curasteis la enferma; no vendasteis la*

»Y andan errantes por falta de pastor». Aquí, la palabra *pastor* necesita explicación. Dado el concepto tradicional de lo que es un pastor, podríamos errar en el blanco, pensando que este es el deber de un hombre especial que lo hace todo: visitar, consolar y aconsejarlos a todos. Y también podríamos reemplazar, en nuestra mente, a este pastor único

por un grupo o equipo pastoral, pero aún con la mentalidad religiosa de que solo ellos deberían hacer toda esta obra.

Que el Señor nos socorra, porque todos nosotros, como iglesia, somos siervos del Señor. No sea que este-mos pensando en dejar todo el trabajo en manos de «especialistas», y sentirnos satisfechos con solo oír un sermón dominical. El cielo está esperando encontrar en todos los santos un corazón dispuesto al servicio. Es un grave error sentarse a esperar que otro haga el trabajo que todos estamos llamados a hacer.

En un sentido, todos somos ovejas de aquella multitud que el Señor vio dispersa y llena de necesidades. De allí salimos todos. Pero hay una progresión: las ovejas vienen a ser discípulos, que aprenden de su Maestro. No solo los obreros y ancianos, sino todos, somos llamados a ser siervos del Señor.

Qué engaño ha introducido el maligno en el pueblo de Dios, al crear una casta especial encargada de los asuntos espirituales, mientras el resto es una feligresía pasiva.

Que el Señor nos despierte. Que el fuego de Dios destruya para siempre ese pensamiento religioso. En el cuerpo de Cristo no puede haber miembros pasivos. Porque de haber

sido ovejas sin pastor, hemos venido a ser discípulos y siervos suyos. Y el Señor fue más allá: nos llamó «amigos», que sienten lo que él siente, que conocen sus propósitos.

Que la palabra del Señor nos apremie. Todo verdadero creyente sabe que es un miembro del cuerpo de Cristo. Todo miembro del cuerpo, por pequeño que sea, tiene una función. Si hasta aquí hemos sido miembros pasivos, pidamos perdón por haber contristado al Espíritu y no tener el sentir de Cristo.

Buscando las ovejas perdidas

El Señor habla de «*ovejas engordadas*» (Ez. 34:16, 20). Y no habla de una condición física, sino de aquellos que reciben y reciben y nunca dan. «*Haya, pues, en vosotros este sentir*». Él quiere vernos de tal manera conectados con él, que nos interese lo que él piensa. La evangelización no puede ser simplemente un programa porque las almas se están perdiendo. Con todo lo noble que es ese sentimiento, aún está en el plano humano. La inspiración de todo creyente nace de la comunión viva con su Señor.

«...y no hubo quien las buscara, ni quien preguntase por ellas» (Ez. 34:6). Si el Señor está diciendo que alguien no hizo su trabajo, no culpe-mos a un par de hombres espe-

cialistas. No. Es probable que usted mismo no esté haciendo ese trabajo. Esta palabra es para usted. El Señor dice: «*No fortalecisteis las débiles*». Está pensando en la oveja débil, y él no quiere que siga débil; está pensando en el descarriado que perdió el rumbo, y él no quiere dejarlo allí perdido.

Las ovejas perdidas son todo el resto de la humanidad. El Señor las mira con compasión. ¿Cómo vemos hoy nosotros al resto de las personas, a los compañeros, a los vecinos, a los parientes? ¿Solo hay juicio dentro de nosotros, desde una posición privilegiada, como aferrándonos al llamado que tenemos y a lo que hoy somos? Que nos libre el Señor, pues él nos pedirá cuentas. «Cada uno dará cuenta a Dios de sí».

Oigamos su voz; él quiere que vayamos, que tomemos la actitud de siervos y que colaboremos con él en buscar sus ovejas. «*No hubo quien las buscase*». Es un reclamo. ¿No será que tú o yo somos quienes no las fuimos a buscar? «*...ni quien preguntase por ellas*». A veces basta solo con preguntar. Tú no sabes qué problema puede estar sufriendo un hermano, pero, al recibir tu llamada dirá: « Gracias Señor, al menos alguien se acordó de mí».

¿Recuerdas a alguien que estuvo en comunión y ahora no lo está? Habrá

que preguntar e ir a buscarlo. No buscamos gloria para nosotros ni ganancia humana en esto.

El Señor está mirando a esa multitud desamparada de la cual él tiene compasión. De estas personas que hoy vemos cautivas, saldrán hombres y mujeres que reinarán con él, gracias a que hubo siervos que tuvieron el sentir de Cristo.

Si vamos a compartirle a alguien, necesitamos ser inspirados por el corazón amoroso del Buen Pastor, más que por el amor humano. Él quiere que esos corazones dispersos y desamparados sientan, o vuelvan a sentir por dentro de sus corazones, el torrente del Espíritu Santo.

El servicio de todos

En el ámbito espiritual, algo grande está pasando en el mundo; debemos estar alertas. No sería extraño que, de aquí a poco andar, se produzca tal hambre y tal necesidad, que se cumplan algunas profecías, como ésta: «*He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová. E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán*» (Amós 8:11-12).

Las multitudes tendrán hambre, y el Señor nos dirá lo mismo que les dijo a sus discípulos: «*Dadles vosotros de comer*».

Nosotros hemos atesorado, hemos oído tantos mensajes en mucho tiempo. ¿Y cuánto de lo recibido hemos entregado? Entonces tendrá plena aplicación la palabra del Señor que dijo: «*No os preocupéis por cómo o qué hablaréis, porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar*» (Mat. 10:19). ¡Y el Señor es fiel!

Y si tú tienes comunión con el Señor, ¿qué puedes decir? «Yo estaba desamparado, pero me encontré con Cristo, y ahora estoy al amparo de su amor». ¡Qué testimonio, qué evangelización! «Yo andaba sin rumbo, mi vida no tenía sentido; muchas veces pensé en suicidarme. Pero el Señor me socorrió».

El que está con Cristo encuentra el sentido de la vida. Porque, si nacimos en este mundo y no conocimos al Señor, un siervo de Dios dijo: «Más hubiese valido no haber nacido». ¿Para qué? ¿Para ser un gran profesional, para atesorar esto o aquello, para recibir el aplauso del mundo? ¡Que el Señor nos libre!

El Hijo de Dios vino a este mundo en carne y sangre. Él hizo milagros

en la tierra. Las palabras que él habló, hombre alguno las habló jamás. Y cuando le vieron glorioso, se conmovieron los corazones. «Verdaderamente, tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Y se postraron ante él.

Finalmente, el Señor fue a la cruz, y allí, él pudo dar un grito de victoria: «¡Consumado es!». Satanás está vencido, y los hombres pueden salir a libertad. Se ha pagado el precio de una eterna redención, y habrá gloria celestial para todas aquellas almas que estaban perdidas. Ahora hay refugio en Cristo, aquel que hoy reina por los siglos de los siglos y que pronto aparecerá. Él es el Rey que vuelve. ¡Cómo no anhelar su venida!

¡Qué precioso es Cristo! Él es la inspiración de nuestros corazones. Que él despierte el servicio de cada siervo y cada sierva. Hermana, no te conformes solo con ser una persona pasiva en la casa de Dios. ¡Sé una sierva de tu Señor! Hermano, no te sientas feliz solo por formar parte de la congregación. ¡Sé un siervo del Señor! Habrá alguien por quién orar, alguien a quién buscar e invitar. Y así han de surgir otros que amarán al Señor y celebrarán su nombre glorioso. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en septiembre de 2018.

Cómo el evangelio produce diferentes efectos en las personas.



Los dos efectos del Evangelio

C.H. Spurgeon

“

Porque para Dios somos olor fragante de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden. A los unos, olor de muerte para muerte; mientras que a los otros, olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?”.

— 2 Cor. 2:15-16.

Estas son palabras de Pablo expresadas en nombre propio y en el de sus hermanos los apóstoles. Son verdaderas para todos aquellos elegidos por el Espíritu, preparados y enviados a la viña para predicar el evangelio de Dios. Admiro el versículo 14 de este capítulo: «Mas a Dios gracias, la cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento».

Imaginemos a Pablo, ya anciano, diciéndonos: «Cinco veces he recibido de los judíos cuarenta azotes menos uno», que después fue arrastrado dándolo por muerto; el hombre de los grandes sufrimientos, que había pasado a través de mares de persecuciones; pensemos cuando dice, al fin de su carrera ministerial: «¡Pero gracias a Dios, que hace que siempre triunfemos en Cristo!».

¡Triunfar cuando se ha naufragado, triunfar a pesar de haber sido azotado, triunfar habiendo sido torturado, triunfar al ser apedreado, triunfar en medio de la burla del mundo, triunfar al ser expulsado de una ciudad y haber tenido que sacudir el polvo de sus pies; triunfar en todo momento en Cristo Jesús!

Si hablaran de ese modo algunos ministros de hoy, no daríamos importancia a sus palabras, pues gozan del aplauso del mundo. Siempre pueden irse en paz a sus casas. Tienen creyentes que los admiran, y no tienen enemigos declarados; todo es seguro y placentero. Si dicen: «Gracias a Dios, que hace que siempre triunfemos en Cristo», no nos conmueven; pero si lo dice alguien como Pablo, tan afligido, podemos considerarlo un héroe. He aquí un hombre que tenía verdadera fe en Dios y en el carácter divino de su misión.

Y cuán dulce es el consuelo que Pablo aplicaba a su propio corazón en medio de todas sus calamidades. Decía que, a pesar de todo, Dios «*por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento*». Con este pensamiento un ministro puede dormir tranquilo en su lecho, y puede cerrar sus ojos cuando acabe su carrera y abrirlos en el cielo: «Dios, por mediación mía, manifestó en todo lugar el olor de su conocimiento».

Sigan, pues, las palabras de mi texto, que expondré dividiéndolo en tres partes. Nuestra primera observación será que, aunque el evangelio es «*buen olor*» en todo lugar, produce sin embargo diferentes efectos en diferentes personas: «*A los unos, olor de muerte para muerte; mientras que a los otros, olor de vida para vida*».

Nuestra segunda observación será que los *ministros del evangelio no son responsables de su éxito*, porque dice: «Para Dios somos olor fragante de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden.» Y en tercer lugar, *la carga del ministro del evangelio no es ligera*, su deber es muy agobiante. El apóstol mismo dijo, «Y para estas cosas ¿quién es suficiente?».

I. El evangelio produce diferentes efectos

Puede parecer increíble, pero es extrañamente real que hay pocas cosas buenas en el mundo de las que no se desprenda algún mal. Observemos cómo brilla el sol, sus rayos ablandan la cera y endurecen la arcilla; en el trópico hacen que la vegetación sea en extremo exuberante, y que maduren los más ricos y escogidos frutos y se den las flores más hermosas. Pero ¿quién no sabe que en aquellos lugares prosperan las serpientes más venenosas de la tierra?

Así ocurre con el evangelio. Aunque es el sol de justicia para el mundo, es

el mejor regalo de Dios y nada puede ser comparado a la inmensidad de beneficios que concede a los hombres, a pesar de todo, debemos confesar que, a veces, es «olor de muerte para muerte».

Pero no debemos culpar de ello al evangelio; la culpa no es de la verdad de Dios, sino de aquellos que no aceptan recibirla. Es «olor de vida para vida» para todo aquel que la oye con un corazón abierto para recibirla. Y es solo «muerte para muerte» para el hombre que menosprecia la verdad, que se burla de ella e intenta oponerse a su avance. En primer lugar, pues, vamos a hablar de ese carácter.

Olor de muerte para muerte

El evangelio es para algunos hombres, «olor de muerte para muerte». Ahora bien, esto depende en gran parte de qué es el evangelio; porque hay cosas llamadas «evangelio», que son «olor de muerte para muerte» para todos aquellos que las oyen. La predicación de las buenas obras y la exhortación a los hombres a la santidad como medio de salvación son muy admiradas en teoría, pero en la práctica se demuestra, no solo que no son eficaces, sino, y esto es lo peor, que a veces se convierten en «olor de muerte para muerte».

Así se ha comprobado; y creo que incluso el gran Thomas Chalmers (1780-1847) confesó que durante años y

años antes de conocer al Señor, no predicó otra cosa que moralidad y preceptos, pero nunca vio a ningún borracho convertido por el mero hecho de mostrarle los males de la borrachera. Ni vio a ningún blasfemo que dejara de blasfemar porque le dijera lo odioso de su pecado.

Cuando empezó a predicar el amor de Jesús; cuando predicó el evangelio como es en Cristo, en toda su claridad, plenitud y poder, y la doctrina de que «por gracia sois salvos por la fe; y esto no es de vosotros, pues es don de Dios» fue cuando conoció el éxito. Cuando predicó la salvación por la fe, muchos borrachos dejaron sus copas y los blasfemos frenaron sus lenguas; los ladrones se hicieron honrados, y los injustos e impíos se inclinaron ante el cetro de Jesús.

Pero deben reconocer, como les dije antes, que aunque el evangelio produce generalmente el mejor de los efectos en casi todos aquellos que lo oyen, ya sea apartándolos del pecado, ya haciéndolos abrazarse a Cristo, es sin embargo un hecho grande y solemne que, para muchos hombres, la predicación del evangelio de Cristo es «muerte para muerte», y produce mal en vez de bien.

a. Y el primer sentido es el siguiente: **Muchos hombres se endurecen en sus pecados al oír el evangelio.** Qué verdad más terrible y solemne es que, de todos los pecadores, algunos pe-

cadore del santuario son los peores. Aquellos que pueden hundirse más en el pecado, y tienen la conciencia más tranquila y el corazón más duro, se hallan en la propia casa de Dios.

Yo sé bien que un ministro fiel servirá de estímulo a los hombres, y las severas amonestaciones de un Boanerges a menudo les hará estremercse. Igualmente, estoy consciente que la palabra de Dios hace que a veces su alma se conmueva; pero sé también (porque los he visto) que hay muchos que convierten la gracia de Dios en libertinaje, e incluso hacen de la verdad de Dios un pretexto para el diablo, y profanan la gracia de Dios para justificar su pecado.

A tales hombres los he podido encontrar entre aquellos que oyen las doctrinas de la gracia en toda su plenitud. Son los que dicen: «Soy elegido, por eso puedo blasfemar; soy uno de los que fueron escogidos por Dios antes de la fundación del mundo, por ello puedo vivir como se me antoje».

He visto a un hombre que, trepado sobre la mesa de una cantina y sosteniendo el vaso en su mano, decía: «¡Compañeros! Yo puedo hacer y decir más que cualquiera de ustedes; yo soy uno de esos que están redimidos por la preciosa sangre de Jesús»; y acto seguido se bebió su vaso de cerveza y comenzó a bailar ante los demás, mientras entonaba viles y blasfemas canciones.

He aquí a un hombre para quien el evangelio es «olor de muerte para muerte». Oye la verdad, pero la pervierte; toma aquello que está puesto por Dios para su bien y lo utiliza para suicidarse. El cuchillo que le fuera dado para abrir los secretos del evangelio, lo vuelve contra su propio corazón. Aquella que es la más pura de todas las verdades y la más alta de todas las moralidades es convertida en la encubridora de sus vicios, y hace de ella un andamio que le ayuda a construir el edificio de sus maldades y pecados.

¿Hay aquí alguien como este hombre, a quien le guste oír el evangelio, y no obstante viva impuramente? ¿Quiénes pueden decir que son hijos de Dios, y a pesar de ello se comportan como siervos de Satanás? Sepan bien que son mentirosos e hipócritas, porque la verdad no está de ningún modo en ellos.

«Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado» (1 Juan 3:9). A los elegidos de Dios no se les permitirá caer permanentemente en pecado; ellos nunca convertirán la gracia de Dios en libertinaje, sino que, en todo lo que dependa de ellos, se esforzarán por permanecer cerca de Jesús. Tengan esto por seguro: *«Por sus frutos los conoceréis» (Mat. 7:16).*

«Así también, todo árbol sano da buenos frutos, pero el árbol podrido da malos frutos. El árbol sano no pue-

de dar malos frutos, ni tampoco puede el árbol podrido dar buenos frutos». No obstante, esas personas están continuamente pervirtiendo el evangelio en maldad. Pecan con arrogancia por el mero hecho de que han oído lo que ellos consideran que son excusas para sus vicios.

No encuentro otra cosa bajo el cielo que pueda extraviar tanto a los hombres como un evangelio pervertido. Una verdad pervertida es, generalmente, peor que una doctrina que to-

dos los hombres se hubieran hundido en el Infierno de no haber sido por el evangelio. La gracia de Dios redimirá a «una gran multitud, la cual ninguno puede contar»; guardará a un ejército incontable que será salvado en el Señor con una salvación eterna; pero, al mismo tiempo, a quienes la rechazan les hace más terrible la condenación. Y les diré por qué:

Primeramente, *porque los hombres pecan contra una luz superior, y la luz que poseemos es una excelente me-*

Todos los hombres se hubieran hundido en el infierno de no haber sido por el evangelio.

dos saben que es falsa. Al igual que el fuego, uno de los elementos más útiles, que puede causar la más intensa conflagración, así el evangelio, que es lo mejor que poseemos, puede convertirse en la más vil de las causas. Éste es un sentido en el que el evangelio es «olor de muerte para muerte».

b. Pero hay algo más. Es un hecho que **el evangelio de Jesucristo aumentará la condenación de algunos hombres en el día del juicio final.** De nuevo me espanto al decirlo, porque es un pensamiento demasiado horrible para aventurarse a hablar de él; que el evangelio de Cristo vaya a hacer del infierno para algunos hombres un lugar aun más terrible de lo que pudieran haber pensado.

didada para nuestra culpa. Lo que un inconverso puede hacer sin que para él sea delito, en mí puede ser el mayor de los pecados, porque estoy mejor instruido; y lo que alguno pueda hacer con impunidad, me refiero a un pecado contra Dios que no sea excesivamente grande, podría parecerme a mí la mayor de las transgresiones, porque desde mi juventud he sido instruido en la piedad.

El evangelio viene sobre los hombres como la luz del cielo. ¡Qué errante debe andar el que se extravía en la luz! Si el que es ciego cae en la zanja, podemos compadecerle, pero si un hombre con la luz en sus ojos se arroja al precipicio y pierde su alma, ¿verdad que es imposible la compasión?

Les repito que la condenación de todos ustedes aumentará, a menos que encuentren en Jesucristo al Salvador; porque haber tenido la luz y no haber andado por medio de ella será la misma esencia de la condenación. Éste será el virus de la culpa: «que la luz ha venido al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas».

La condenación de ustedes será también mayor si se *oponen al evangelio*. Si Dios tiene un plan de misericordia, y el hombre se levanta contra él, ¿no será grande su pecado? ¿No fue inmensa la culpa en que incurrieron hombres tales como Pilato, Herodes y los judíos?

Quién puede imaginar la condena de aquellos que gritaron: «¡Crucifícale! ¡Crucifícale!». ¿Y qué lugar del fuego del infierno arderá con fuerza suficiente para el hombre que calumnia al ministro de Dios, para el que habla mal de su pueblo, para el que odia su verdad, y que, si pudiera, borraría de la tierra todo rastro de piedad? ¡Quiera Dios ayudar al infiel y al blasfemo! ¡Dios salve sus almas!

¿Piensan ustedes que Dios no tendrá en cuenta lo que los hombres dicen? Uno ha maldecido a Cristo, llamándole charlatán. Otro ha declarado (sabiendo que mentía) que el evangelio es falso. Un tercero ha proclamado sus máximas licenciosas, y después ha señalado a la palabra de Dios diciendo:

«¡Hay peores cosas en ella!». Y otro ha insultado a los ministros de Dios ridiculizando sus imperfecciones.

¿Creen que Dios olvidará todo esto en el último día? No; si el pecado no ha sido lavado por la sangre de Cristo, dirá: «¡Apártate, maldito, al infierno del que te burlabas!». A aquellos que se han opuesto a la verdad de Dios, les será aumentado el castigo. ¿No es ésta una solemne visión de que el evangelio es para muchos «olor de muerte para muerte»?

c. Consideraremos aún otro sentido. Creo que **el evangelio hace a algunos seres de este mundo más desgraciados de lo que hubieran sido.**

El borracho podría beber y gozarse en su embriaguez con mayor alegría, si no hubiera oído decir: «Todos los borrachos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre». Y cuán felizmente podría lanzarse en su loca carrera el libertino, si no se hubiera dicho: «¡La paga del pecado es muerte, y después el juicio!».

Pero la verdad pone amargura en sus copas; los avisos de Dios congelan la corriente de su alma. Ante el pensamiento de su condición futura, su gozo se entristece, y la inmortalidad, en vez de ser un regalo para ellos, es, solo al pensar en ella, el tormento de su existencia. Las dulces palabras de amor de la misericordia no son para ellos más armoniosas que el estruen-

do del trueno, porque saben que las menosprecian.

El evangelio es «*olor de muerte para muerte*». ¿Para cuántos de los que están aquí es así? ¿Quién está ahora oyendo la palabra de Dios para ser condenado por ella? ¿Quién saldrá de aquí para ser endurecido por la voz de la verdad? Así será para todo hombre que no crea en ella; porque para quienes la reciben es «*olor de vida para vida*», pero para los incrédulos es una maldición, y «*olor de muerte para muerte*».

Olor de vida para vida

Pero, bendito sea Dios, el evangelio tiene un segundo poder. Además de ser «muerte para muerte», es «olor de vida para vida». Algunos de nosotros podríamos hablar, si ello nos fuera dado hoy, del evangelio como «olor de vida» para nosotros. Volvamos la vista atrás a la hora en que estábamos «muertos en delitos y pecados». En vano los avisos de los atalayados: dormíamos en el sueño moral de nuestras culpas, y ni un ángel podría habernos despertado. Y evoquemos también, con gozo, aquella hora en que entramos por primera vez al santuario y, para nuestra salvación, oímos la voz de la misericordia.

Hace unas semanas o unos meses, también ustedes estaban lejos de Dios, pero han sido llevados a amarle. Recuerda, hermano, aquel mo-

mento en que el evangelio fue para ti «olor de vida», cuando te separaste de tus pecados, renunciaste a ellos, y volviéndote a la palabra de Dios, la recibiste con todo tu corazón. ¡Ah, aquella hora, la más dulce de todas! Nada puede compararse a ella.

Conocí a una persona que durante cuarenta o cincuenta años había permanecido completamente sorda. Una mañana, sentada a la puerta de su casa, mientras pasaban algunos vehículos por delante de ella, creyó oír una música melodiosa. No era música, era solo el ruido de los carruajes. Su oído se había abierto repentinamente, y aquel sonido ordinario le pareció como música celestial, porque era la primera vez que oía en tantos años.

De forma parecida, la primera vez que nuestros oídos se abrieron para oír las palabras del amor, la seguridad de nuestro perdón, nunca nos pareció tan dulce cuando por primera vez fue olor de vida para nuestras almas. Así pues, amados míos, si alguna vez ha sido olor de vida, siempre lo será; porque no dice que sea olor de vida para muerte, sino «*olor de vida para vida*».

El Señor dijo: «*Yo les doy (a mis ovejas) vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano*» (Juan 10:28). A aquellos a quienes él ama, los ama hasta el fin. Es olor de vida para vida. No solo vida

para vida en este mundo, sino vida para vida eternamente.

2. El ministro no es responsable de sus éxitos

El ministro es responsable de lo que predica y de su vida y acciones, pero no es responsable de los demás. Si yo predico la palabra de Dios, pero no hay ningún alma que se salve, el Rey me diría a pesar de todo: «¡Bien hecho, siervo bueno y fiel!». Si no dejo de dar mi mensaje, y ninguno lo quiere escuchar, él dirá: «Has peleado la buena batalla; recibe tu corona».

Oigan las palabras del texto: «Porque para Dios somos olor fragante de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden». Esto se verá claro si les digo cómo se le llama al ministro del evangelio en la Biblia. A veces es llamado *embajador*. Ahora bien, ¿de qué es responsable un embajador? Es enviado a un país como un agente diplomático, lleva condiciones de paz, usa su talento para servir a su señor, intenta demostrar que la guerra perjudica los intereses de todos, se esfuerza por traer la paz; pero los otros reyes lo rechazan con arrogancia. Cuando vuelve a su país, su señor le pregunta: «¿Por qué no hiciste la paz?». «Porque», contesta el embajador, «les expuse las condiciones y no quisieron oír las». «Bien», dirá aquel, «has cumplido con tu deber; no voy a culparte si continúa la guerra».

En otras partes, el ministro del evangelio es un *pescador*. Claro, un pescador no es responsable de la cantidad de peces que pesca, sino de la forma en que pesca. Esto es una bendición para algunos ministros, porque no han pescado nunca nada, y ni siquiera han atraído ningún pez cerca de sus redes. Han pasado toda su vida pescando con hilos y anzuelos de plata y oro, con hermosas frases, pero a pesar de todo el pez no picó; mientras que nosotros, que somos de una clase más ruda, hemos puesto el anzuelo en la boca de muchos centenares.

No obstante, si echamos la red del evangelio en el lugar adecuado, aunque no pesquemos nada, el Señor no hallará en nosotros falta alguna. Nos preguntará: «Pescador, ¿hiciste tu labor? ¿Arrojaste las redes al mar en tiempo de tormentas?». «Sí, mi Señor, así lo hice». «¿Y qué has pescado?». «Uno o dos, solamente». «Bien, podía haberte mandado multitudes si así me hubiese agradado; no es tuya la culpa. En mi soberanía, doy donde me agrada o niego cuando así lo prefiero; pero en lo que a ti respecta, has hecho bien tu labor, por ello he aquí tu recompensa».

Algunas veces el ministro es llamado un *sembrador*. Nadie hace responsable de la cosecha al sembrador; toda su responsabilidad consiste en sembrar, y en sembrar la semilla adecuada. Si la echa en buena tierra enton-

ces es feliz; pero si cae al borde del camino, y las aves del cielo se la comen, ¿quién culpará al sembrador? ¿Podía haberlo remediado? No, él cumplió con su deber; esparció las semillas ampliamente y allí las dejó. ¿A quién ha de culparse? Al sembrador no, desde luego.

De esta forma, si un ministro va al cielo con una sola gavilla en sus espaldas, su Señor le dirá: «Segador, una vez fuiste sembrador. ¿Dónde recolectaste tu gavilla?». «Señor, sembré sobre la roca, y no creció; solo un grano, en la mañana de un domingo, fue llevada por el viento hacia un lado y cayó en un corazón preparado. Y ésta es mi única gavilla».

Una gavilla de entre las rocas es para Dios más honor que miles de ellas de una buena tierra; por ello debe sentarse tan cerca del trono como aquel que viene inclinado bajo el peso de sus muchas gavillas, procedentes de alguna tierra fértil». Creo que, si hay grados en la gloria, no estarán en proporción al éxito, sino a la calidad de nuestros esfuerzos.

Si procedemos correctamente, y si con todo nuestro corazón nos esforzamos en cumplir nuestros deberes de ministros, aunque no veamos ningún resultado, recibiremos la corona. Pero cuánto más feliz es el hombre de quien se dirá en el cielo: «Brilla eternamente, porque fue sabio y ganó muchas almas para la justicia».

«Bienaventurados los que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, porque sus obras con ellos siguen».

¿Qué será de algunos buenos cristianos si el valor de las coronas en el cielo se mide por las almas que hayan salvado? Algunos poseerán una corona en el cielo sin una sola estrella.

Los hombres escriben enormes tomos, para verlos un día en las bibliotecas, y para que sus nombres sean famosos para siempre. ¡Pero cuán pocos se preocupan de ganar estrellas eternas en el cielo! Esfuérzate, hijo de Dios, porque si deseas servir a Dios, el pan que echas sobre las aguas no se perderá para siempre. Si arrojas la semilla entre las patas del buey o del asno, obtendrás una cosecha gloriosa en el día en que el Señor venga a reunir a sus elegidos. El ministro no es responsable de su éxito.

3. *Predicar el evangelio es una tarea elevada y solemne*

El ministerio ha sido a menudo rebajado a una profesión. En estos días se hace ministros de hombres que hubieran sido buenos capitanes de mar, o hubieran servido muy bien para estar tras un mostrador, pero que nunca estuvieron hechos para el púlpito. Son seleccionados por los hombres, abrumados de literatura, educados hasta cierto nivel, vestidos adecuadamente, y el mundo les llama ministros.

Los ministros hechos por los hombres no tienen utilidad en este mundo. He aquí su forma de proceder: preparan sus manuscritos meticulosamente, los leen el domingo con la mayor dulzura, y de esta forma la gente se marcha complacida.

Pero ese no es el modo de predicar de Dios. Si así fuera, me siento capaz de predicar para siempre. Pero esa no es la manera.

Predicar la Palabra no es un simple juego de niños, un negocio o profesión que cualquiera puede ejercer. Un hombre debe sentir, en primer lugar, que tiene un llamado solemne; después, debe saber que realmente posee el Espíritu de Dios y que cuando habla existe una influencia sobre él que le capacita para predicar como Dios quiere que lo haga. De otra forma debe abandonar el púlpito inmediatamente, porque no tiene ningún derecho a estar en él aunque el edificio sea de su propiedad. No ha sido llamado para anunciar la verdad de Dios, y Dios le dice: «¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes?» (Sal. 50:16).

Mas ustedes dicen: «¿Qué dificultad existe en la predicación del evangelio?». Bien, debe ser algo duro, porque Pablo dijo: «Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?». Antes que nada les diré que es difícil, porque así está hecho para que no sea tergiversado por prejuicios propios al predicar la Palabra.

Cuando se tiene que hablar con severidad, el corazón nos dice: «No lo hagas. Si hablas de esta forma te juzgarás a ti mismo»; y entonces existe la tentación de no hacerlo. Otra prueba es que tememos desagradar al rico de nuestra congregación. De esta forma, pensamos: «Si digo esto y lo otro, fulano y zutano se ofenderán; aquel otro no aprueba esta doctrina, lo mejor será que la abandone».

Quizás suceda que recibamos los aplausos de las multitudes y no queramos decir nada que las disguste, porque si hoy gritan: «Hosanna», mañana gritarán: «Crucifícalo, crucifícalo». Todas estas cosas obran en el corazón de un ministro. Él es un hombre como ustedes, y las siente. Además, está el cuchillo de la crítica y las flechas de aquellos que le odian a él y a su Señor, y, a veces, no puede evitar el sentirse herido. Entonces se encuentra en otro peligro, el de querer defenderse.

Aquel que deja a sus detractores solos y, al igual que el león no se molesta en ahogar el gruñido del chacal, es un hombre y será honrado. Pero el peligro está en que queramos dejar establecida nuestra reputación de justos. Y, ¿quién es suficiente para dirigir la nave librándola de estas peligrosas rocas? «Para estas cosas», hermanos míos, «¿quién es suficiente?».

Al llegar a este punto, y para terminar, sacaré la siguiente conclusión: si

el evangelio es «olor de vida para vida», y el trabajo del ministro es una labor solemne, cuánto bien hará a todos los amantes de la verdad el orar por todos aquellos que la predicán, para que sean «suficientes para estas cosas».

Perder mi devocionario, como he dicho muchas veces, es lo peor que puede ocurrirme. No tener a nadie que ore por mí me colocaría en una situación terrible. «Quizá», dice un buen poeta, «el día en que el mundo perezca será aquel que no esté embellecido con una oración»; y tal vez, el día en que un ministro se apartó de la verdad fue aquel en que su congregación dejó de orar por él, y cuando no se elevó una sola voz suplicando gracia en su favor.

Estoy seguro de que así ha de ocurrir conmigo. Denme el numeroso ejército de hombres que tuve la gloria de ver en mi casa antes de venir a este local; denme aquellas gentes dedicadas a la oración, que en las tardes del lunes se reúnen en gran multitud para pedir a Dios que derrame su

bendición sobre ellos, y venceremos al mismo infierno a pesar de toda la oposición.

No son nada nuestros peligros, si tenemos oraciones. Porque aunque aumente esta congregación; aunque la formen gentes nobles; y aunque yo posea entendimiento, si no hay una iglesia que ore, todo saldrá mal. Hermanos míos, ¿perderé alguna vez sus oraciones? ¿Cesarán alguna vez en sus súplicas? No quiero que nunca se diga: «Aquel pueblo que fuera tan ferviente, se ha tornado frío».

«Contendamos eficazmente por la fe que ha sido una vez dada a los santos»; y sabiendo en los peligros que se encuentra el portador del estandarte, suplico que se reúnan ustedes a su alrededor. ¡Levántense amigos! Empuñen el estandarte y manténganlo en alto hasta que llegue el día cuando nos encontremos en el último baluarte conquistado a los dominios del infierno, y cantemos todos: «¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!». Hasta entonces, continuemos luchando.

Tomado de www.spurgeon.com.mx

Citas escogidas

«La corona de hierro del sufrimiento precede a la corona de oro de la gloria».

F.B. Meyer.

«La fe es como una buena cuerda que, extendida y tensa, no se parte en medio de la tempestad».

Robert C. Chapman.

«Aquel que nos dio su imagen, anhela, por tanto, verla en nosotros».

D.L. Moody.

BIBLIA

Claves para el estudio de la Palabra

Apocalipsis

A.T. Pierson

Palabra clave: Revelación

Versículo clave: 1:1.

Apocalipsis es lo opuesto de misterio. Los libros de Daniel y Juan están íntimamente ligados y, junto con los de Isaías, Ezequiel y Zacarías, forman los escritos apocalípticos. Por una parte, en sus días, Daniel lanzó luz sobre el periodo entre el cautiverio y la caída de Jerusalén (70 d. de C.); por otro lado, en los últimos días, Juan lanza luz desde la caída de la ciudad santa a la segunda venida del Señor.

Probablemente, Juan escribió este libro entre la muerte de Pablo (64 d. C), y la suya propia en Patmos (98 d. C.). El escenario del exilio sugiere mucho del simbolismo del Apocalipsis; por todos lados, el mar con el estruendo de muchas aguas, el amplio cielo griego con sus espesas nubes y terribles tempestades, las cordilleras de Asia Menor circundando las siete iglesias, etc.

La profecía apocalíptica es esencialmente simbólica. Los misterios, que no tienen ninguna analogía con cosas terrenales o eventos pasados, exigen imágenes para su expresión. Sin embargo, los símbolos no introducen necesariamente nuevos misterios: más de cincuenta de ellos son explicados por sus equivalentes encontrados, no solo en otros pasajes de las

Escrituras, sino también en el propio libro (Comparar con 12:9; 16:13-14; 17:18, etc.).

Hay cuatro vías de interpretación de este libro.

1. **El preterista**, que delinea en él la historia hebrea hasta la caída de Jerusalén y de la Roma pagana.
2. **El presentista**, que ve aquí un esbozo de los eventos durante todo el periodo en que fue escrita la profecía.
3. **El futurista**, que ve referencias a los eventos ligados con la segunda venida de Cristo.
4. **El espiritual**, que considera al libro como una escena de batalla donde todas las fuerzas del mal se alinean contra Cristo y sus seguidores, para

el último y gran conflicto de todos los tiempos. En esta perspectiva, el libro no se restringe a una profecía particular, sino a un esbozo general, que se ajusta a varios periodos históricos, durante los cuales, en todas las épocas, la iglesia puede descubrir los disfraces del diablo, contra qué tipo de enemigos internos y externos debe precaverse, y cuán cierta es la victoria final.

La mayor belleza del libro es que él revela el fin de todas las cosas. Por un lado, el mal llega a su desarrollo completo y final; todas las formas de enemistad contra Dios y contra la piedad llegan a su terrible culminación en la ramera, el falso profeta, la bestia y el dragón. Mas, por otro lado, los santos, bajo la conducción del Cordero, conquistarán la victoria, y todos los enemigos serán derrotados para siempre. El Reino será establecido sobre las ruinas de todos los dominios y poderes hostiles, y el último enemigo, la muerte, será destruido.

Finalmente, todas las cosas serán hechas nuevas. El paraíso perdido se transformará en el paraíso recuperado. Una vez más, el árbol de la vida es visto junto al río de agua de vida, y una vez más, el tabernáculo de Dios estará con los hombres. Pero la maldición del pecado, que irrumpió en el primer Edén, ya no arruinará el segundo Edén.

Al comparar el inicio del libro de Génesis con el cierre del Apocalipsis, descubrimos que estuvimos siguiendo el perímetro de un anillo dorado. Los dos extremos de la historia humana se encuentran; de la creación y del Edén caído, llegamos finalmente a la nueva creación, y al paraíso donde no hay caída. Y entonces, en el desenlace del libro de Dios, la última mirada del lector es dirigida hacia la venida de Aquel cuya presencia personal será la señal de la consumación final de la victoria y bendición.

«Ciertamente vengo en breve. Amén. ¡Ven Señor Jesús!».

Tan pequeño que no cuenta

A fines del siglo XVIII, un creyente de una pequeña iglesia escocesa escribió: «Este año fue muy triste. No hubo conversión, y ninguna persona fue añadida a la iglesia. Solo el pequeño Robert dijo que se había entregado a Cristo. ¡Pero es tan pequeño que no cuenta!».

Sin embargo, ese «pequeño Robert», cuya conversión parecía insignificante, era Robert Moffat, quien más tarde fue uno de los primeros misioneros cristianos en ir a África del Sur, donde trabajó hasta el año 1870, y tradujo la Biblia a la lengua botswana.

De la Web

Las leyes del Reino

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Mateo 6

En este capítulo tenemos las cosas finales en las Leyes del Reino. En el capítulo anterior consideramos las leyes de las relaciones terrenales; aquí, hemos de considerar aquellas que se refieren a las relaciones celestiales.

Terminamos nuestro estudio anterior diciendo que las leyes de las relaciones terrenales revelan nuestra impotencia y la consecuente necesidad de algo más; este algo más es el que se nos descubre ahora. Si no tuviéramos más que la revelación del ideal del cielo para la conducta terrenal, seríamos impotentes, no por razón de no reconocer la gloria y la belleza del ideal, sino a causa de nuestra conciencia de incapacidad para realizarlo.

El capítulo se divide en tres partes: la primera es la declaración de un principio permanente (versículo 1), que

proyecta su luz sobre aquello que ya se ha dicho anteriormente, y también sobre lo que ahora va a decirse; la segunda consta de las leyes que se refieren a actividades espirituales (versículos 2 al 18); y en la tercera, encontramos las leyes que nos descubren la actitud verdadera hacia las cosas materiales, como resultado de la obediencia hacia aquellas que se refieren a las actividades espirituales (versículos 19 al 34).

Justicia y recompensa

El principio general se expresa en las palabras: «Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos».

En algunas versiones se lee: «Mirad que no hagáis vuestras limosnas delante de los hombres». La palabra que se usa en el griego es «*justicia*» en vez de «*limosnas*»; y se acepta gene-

ralmente que no hay duda de que esto es lo que nuestro Señor dijo realmente. Más adelante hemos de encontrarnos con la cuestión de las limosnas, pero éstas son únicamente un aspecto de la justicia.

Ya ha sido hecha la declaración de que la justicia de este nuevo Reino debe ser mayor que la de los escribas y de los fariseos; hemos llegado al punto en que tal declaración es interpretada, mostrándonos cómo, o de qué manera, la justicia ha de ser mayor.

Por esta razón, nuestro Señor comenzó con la declaración de este principio, en el cual insiste en que la justicia debe tener un motivo verdadero; advirtiéndonos de ello por la amonestación que hace a sus súbditos contra un falso motivo, y solo de una manera incidental, revelando el motivo verdadero. El falso motivo está revelado en las palabras: «...*delante de los hombres, para ser vistos de ellos*». La forma de justicia que viene como resultado de semejante inspiración, es forma que Cristo descarta como algo enteramente sin valor.

Todos estamos familiarizados con el viejo refrán: «La honradez es la mejor política». Recuerdo que hace muchos años este refrán encabezaba una de las páginas de un libro que solíamos llamar cuaderno de apuntes. Yo lo escribí repetidas veces, y cuando hube concluido la página se

la mostré a mi profesor. Nunca he olvidado lo que él me dijo. Señalando lo que yo había escrito, se expresó así: «¿Te has dado cuenta que dice que la honradez es la mejor política?». «Sí», le contesté. Entonces por toda respuesta me dijo: «Nunca olvides que el hombre que es honrado solamente porque es buena política, puede ser el mayor de los pícaros del mundo».

Aquel hombre estaba en lo justo. Y de igual manera, si los hombres solamente hacen lo que es recto para ganarse la buena opinión de los demás, pueden dejar de hacerlo si los demás no los están viendo.

Esto puede probarse de mil maneras distintas. Sabemos de gentes que no harían ciertas cosas en el lugar donde viven, pero que no vacilan en hacerlas cuando van al viaje de paseo a la capital; y hay gentes que no harían determinadas cosas en la capital, a quienes les parece que están en libertad de hacerlas cuando salen de ella de paseo. Si lo único que se pretende es ganar la buena opinión de los hombres, el motivo es malo.

Agradando a Dios

Solo hay un motivo único que produce verdadera rectitud de acción: el reconocimiento de la autoridad divina y el deseo de agradar a Dios. Es este el gran principio trazado.

Tres asuntos se tratan en la parte correspondiente a la aplicación de este principio: las limosnas, en los versículos 2 al 4; la oración, en los versículos 5 al 15; y el ayuno, en los versículos 16 al 18. Nos sorprende en este punto porque estos no son asuntos tratados usualmente dentro de un estudio de ética. Ello, en sí mismo, nos hace detenernos, ya que sugiere el reconocimiento de los valores espirituales como de suprema importancia en los asuntos de origen moral.

Las limosnas

El término «*limosnas*» se refiere a una actividad que es distintivamente externa, pero que siempre surge de un impulso interior. La oración es una cosa claramente espiritual, una actividad que depende del reconocimiento del aspecto de la vida dirigida hacia Dios. El ayuno, de acuerdo con esta enseñanza, es algo preeminentemente interno y secreto, siendo una condición para la oración, y fuente de la dádiva de limosnas.

Resumiendo: las limosnas constituyen un acto externo; la oración es una actividad celestial; el ayuno es una actitud interior. Encontraremos la estrecha relación de los tres, a medida que los examinemos.

Nuestro Señor describió el método popular de dar limosnas, y vació so-

bre él un sarcasmo descarnado. Refiriéndose al método de aquellos a quienes él llamó hipócritas, declaró que la razón de sus dádivas era «*para ser alabados por los hombres*»; y a renglón seguido dijo: «*De cierto os digo que ya tienen su recompensa*» (v. 2). Es decir, que han conseguido lo que deseaban. Buscan la gloria de los hombres, la reciben, y allí concluye todo. Las limosnas verdaderas son aquellas que se hacen en secreto, en cuanto a los hombres se refiere, pero con la íntima conciencia de que se coopera con el Padre. Al tratar de la justicia, nuestro Señor comenzó con las limosnas, porque ellas constituyen la expresión externa de la vida dentro de Su Reino.

La oración

Habiendo tratado de esa manera la expresión externa de la justicia, nuestro Señor procedió de inmediato a tratar la cuestión de la oración. Al hacerlo, aplicó el mismo principio. Se refirió al método en boga, que consistía en orar de pie en las sinagogas y en los cantones de las calles. Está bien que recordemos que no hay nada malo en orar en las sinagogas o en los cantones de las calles. Lo que condenó el Señor Jesús fue la actitud interior. Lo malo estaba en que tales personas oraban de esta manera «*para ser vistos de los hombres*». Una vez más, tal actitud es reprochada con sarcasmo: «*De cierto os digo que*

El secreto final de la oración consiste en percibir la presencia de Dios y tratar directamente con él.

ya tienen su recompensa». Si los hombres oran con la idea de que otros los están observando, y lo hacen a fin de obtener su aprobación, ciertamente que consiguen lo que están buscando. Son vistos de los hombres, y asunto concluido.

Viene a mi memoria algo que sucedió hace algunos años en la ciudad de Boston, cuando en una ceremonia pública se le pidió a un eminente ministro que orara. Su dicción fue maravillosa, su lenguaje impecable y sus periodos retóricos, excelentes. A la mañana siguiente, uno de los grandes diarios de Boston se refirió a esa oración en los siguientes términos: «En el momento oportuno el Reverendo Doctor hizo la más hermosa oración que ha sido escuchada por un auditorio de Boston». ¡Exactamente! «Os digo que ya tienen su pago».

Frente a este motivo y este método falsos de la oración, nuestro Señor colocó el método verdadero. Podemos resumir su enseñanza diciendo que insistió sobre lo privado, lo directo y lo sencillo de la oración; y luego dio un modelo perfecto.

Oración en privado

Que es necesario que la oración se haga en lo privado, lo revelan aquellas palabras: «*Entra en tu aposento, y cerrada la puerta*». Cuando se cumple con este requisito es cuando la oración se convierte en algo vital. En lo privado, la oración es algo directo, es decir, se despoja de vanas repeticiones y de esta manera se caracteriza por una sencillez suma.

Este mandamiento no prohíbe la oración en grupo, pero nos ayuda a reconocer que aun en la oración en grupo, hay cierta sensación en la cual nuestra alma debe darse cuenta de la presencia de Dios, a solas, y tratar con él de una manera directa. El compañerismo en la oración llega a ser de valor en la medida en que cada uno de los que se reúnen para orar esté capacitado para olvidarse de los otros y desnudar su alma delante de Dios. Se crea el compañerismo en el reino espiritual, por medio de la armonización de las personas que oran en la unidad de la intercesión.

En nuestras reuniones de oración siempre nos encontramos en mayor o menor peligro de preguntarnos lo que los demás están pensando de la oración que estamos haciendo; tal conciencia de los otros tiene dos resultados aparentemente contradictorios, cada uno de los cuales destruye el poder de la oración. Uno de ellos puede ser el deseo de impresionar a

los que nos escuchan con la oración que estamos haciendo; y el otro es que, por temor a los que nos escuchan, no oramos nunca. En el primer caso, nos enorgullecemos de nuestras oraciones; en el segundo, nuestro exceso de orgullo nos impide orar.

De esta suerte, bien sea en la reunión de grupo o en el lugar apartado, el secreto final de la oración consiste en percibir la presencia de Dios y tratar directamente con él. Donde hay eso, no hay necesidad de repeticiones vanas; lo que el alma tiene que decir a Dios puede, y será dicho, con la mayor sencillez. Nunca somos oídos por nuestra mucha palabrería, sino por la honradez y la sencillez que hay en nuestras expresiones.

La oración modelo

Al llegar a este punto fue cuando nuestro Señor dio a los súbditos de su Reino la oración modelo. Es imposible que la estudiemos en detalle; pero no obstante, nuestra familiaridad con ella, por la continua repetición, nos capacitará para hablar en términos generales, y así esforzarnos por comprender algo de su grandeza.

El principio de la oración es una teología o revelación de la verdad acerca de Dios. Él es *«nuestro Padre que está en los cielos»*. Resueltamente traduzco de modo literal la frase, usando el plural *«cielos»*, tal como se

encuentra en el Nuevo Testamento griego, porque allí hay una doctrina; porque allí está el reconocimiento de la omnipresencia de Dios. Él está en los cielos, en todos los cielos. Adoptando el punto de vista hebreo de los cielos, el primero se refiere al cielo de la atmósfera; el segundo al cielo de los espacios estelares; y finalmente, al cielo que es el lugar de la suprema manifestación de Dios, y el sitio donde moran los bienaventurados.

La expresión *«Padre nuestro»*, es al mismo tiempo revelación de su carácter, y reconocimiento de su proximidad. Aplicar esta verdad al asunto de la oración es en sí misma una revelación plena de sentido. Los seres a quienes amamos pueden encontrarse al otro extremo del mundo. Pensando en términos terrenales, la distancia es demasiado grande para ir hasta allá; pero Dios está allí como aquí, y cuando no podemos tocar a nuestros seres amados con la mano que bien quisiera hacerlo tiernamente, podemos mover la Mano que sostiene al mundo para llevarles la ayuda que reclaman. De esta suerte, la oración va dirigida a un Padre que es transcendente, y no obstante, y para siempre, inmanente.

Orando a favor de Dios

Otro asunto de suprema importancia es el reconocimiento del hecho de que en esta oración modelo hay dos

reinos de aspiraciones, y de que el orden de las peticiones es de llamar la atención. La primera parte de esta oración pertenece al reino de las aspiraciones, donde no se pide nada para satisfacer necesidades personales, sino para la realización de los propósitos de Dios en el mundo; esto es lisa y llanamente lo que se expresa. No estamos pidiendo de Dios nada, sino estamos orando a Dios a favor de Dios. Esta manera de orar es la consecuencia de la pasión suprema de los súbditos del Reino de que Dios pueda reconquistar Su mundo perdido. El hacer esta oración, siempre conduce al servicio en el plano terrenal a fin de conseguir los deseos expresados.

El pan nuestro

Luego la oración se vuelve a las necesidades de nuestra vida humana: sustento, restauración y disciplina. El pan que es necesario para la vida diaria, el cual incluye cosas materiales y espirituales; el perdón de nuestras deudas, siempre en relación con el espíritu perdonador que poseamos; y el reconocimiento de la necesidad de disciplina, con el temor santo que evita la prueba, y que no obstante, tiene como pasión suprema la liberación del mal.

Al contemplar la oración como un todo, debemos recordar siempre aquello que se ha señalado constan-

temente, es decir, que es una oración completamente social.

Es verdad, como se ha dicho, que una de las primeras necesidades de la oración es el aposento interior y la puerta cerrada; y es verdad también que cuando entramos a nuestra cámara y hemos cerrado la puerta, hemos meditado con nosotros, en simpatía y en aspiraciones, a todos los demás. No hay en toda la plegaria ningún pronombre en singular que se refiera a nosotros; todos están en plural.

En relación con esto, es interesante observar que únicamente uno de tales pronombres está en caso nominativo, es decir, en que aquellos que oran son los sujetos de la oración; todos los demás están en genitivo y acusativo, y principalmente en acusativo. Esperamos con interés considerar el punto en el que en la oración podamos referirnos a nosotros mismos como parte activa. Se encuentra en las palabras: «*Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*» (v. 12).

El perdón

El único derecho que tenemos de hablar de nuestros actos en la presencia de Dios, es cuando le decimos que estamos perdonando a otros. Esta petición es realmente una petición escrutadora. Decimos: «*Y perdónanos nuestras deudas, como tam-*

bién nosotros perdonamos a nuestros deudores» (v. 12). ¿Realmente queremos decir eso cuando lo repetimos? ¿Cómo perdonamos a aquel que nos ha ofendido?

Algunas veces decimos: «Perdonaremos, pero nunca podremos olvidar». ¿Es así como deseamos que Dios nos perdone? No debe olvidarse que esta fue la única petición en la plegaria sobre la cual nuestro Señor hizo comentario después de haber dado la oración modelo. «*Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial»* (v. 14).

El ayuno

Volviendo a la cuestión del ayuno, el Señor siguió el mismo método, describiendo primero la costumbre general que consistía en demudar el rostro a fin de que todos los demás se dieran cuenta de que se había ayunado. De nuevo, él pone su nota de sarcasmo: «*Ya tienen su recompensa»*. El hombre ayuna y demuda su rostro a fin de que los demás se den cuenta de que ayuna. Jesús dice que el tal hombre consigue lo que pretende: que los hombres lo vean. Se dan cuenta de ello, y asunto concluido.

Luego reveló el verdadero método que debe seguirse en el ayuno. «*Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro»* (v. 17). Hacer esto significa esconder de nuestros prójimos

el hecho del ayuno. El ayuno es la práctica de la negación de sí mismo, hasta el punto del sacrificio. Es la cosa más profunda en el cultivo de la vida espiritual; pero debe ser, no obstante, un asunto entre el alma y Dios, porque es entonces cuando hay verdadero valor en él.

Estos tres asuntos tienen que ver con las relaciones del hombre para con Dios. Las limosnas, en un sentido real, son siempre la expresión directa de la vida que se vive en buenas relaciones con Dios. Es lo mismo tratándose de la oración; y de acuerdo con esta enseñanza de Jesús, con el ayuno tiene que acontecer igual.

En la experiencia descubrimos que, si no tomamos a Dios en consideración, estas cosas nos fallan, comenzando por la última; es decir, el primer fracaso lo tendremos en los dominios del ayuno, en la cultura de la vida interior de sacrificio y en la negación de nosotros mismos. Cuando esto fracasa, la oración se debilita y se suspende; y cuando cesan el ayuno y la oración, que nos llevan a un compañerismo con Dios, las limosnas también cesan.

Tesoros en el cielo

Llegamos ahora a las leyes que definen actitudes hacia las cosas materiales, surgidas de la experiencia de estos ejercicios espirituales. Estamos viviendo todavía en un mundo don-

de las cosas materiales son necesarias; nos encontramos todavía en contacto con la tierra.

¿Cuál ha de ser la actitud de los súbditos del Reino hacia estas cosas materiales? La respuesta la encontramos en esta sección del capítulo, y se divide en dos partes: las actitudes de los súbditos del Reino hacia la riqueza (19-24), y luego, hacia las necesidades (25-35).

La actitud hacia la riqueza ha de ser de completa independencia de la codicia; tal actitud está expresada primero en un mandamiento negativo: «*No os hagáis tesoros en la tierra*», seguido inmediatamente por uno positivo: «*...sino haceos tesoros en el cielo*» (v. 19).

De nuevo, el Señor Jesús usa la sátira benévola, aunque escrutadora, en su descripción de lo que acontece con los tesoros que se hacen sobre la tierra. La polilla puede destruir toda la púrpura y el lino fino y doble; el orín, el lento fuego ardiente de la Naturaleza, puede destruir todo el metal amontonado; y los ladrones pueden irrumpir y robar todo lo que haya sido almacenado.

El tesoro amontonado sobre la tierra es a propósito para los estragos de la polilla, del orín y de los ladrones. El tesoro depositado en el cielo está fuera del alcance de la polilla, del orín o de los ladrones.

En otra ocasión nuestro Señor dijo: «*Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas*». Este es el uso correcto de la riqueza. Continuando, reveló el resultado de actitud semejante: «*...para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas*» (Luc. 16:9).

De esta manera él reveló la actitud correcta hacia la riqueza, terminando con esta declaración en Mateo 6:21: «*Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón*», ilustrándolo todo por medio de la figura del ojo sincero, es decir, del ojo que no padece astigmatismo; y concluyendo con esta expresión grandiosa: «*Ninguno puede servir a dos señores*» (v. 24).

El afán y la ansiedad

Finalmente, él trazó las leyes que condicionan nuestra actitud hacia las cosas absolutamente necesarias. Tal actitud se revela en el mandamiento repetido tres veces: «*No os afanéis*». Nuestra actitud, entonces, hacia nuestras necesidades, es la de no preocuparnos por ellas.

Ilustró esta actitud diciendo que la ansiedad es innecesaria en el caso de los hijos de un Padre como Dios. «*Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta*» (v. 26).

Por lo tanto, la ansiedad es indigna de los súbditos de tal Rey y dentro de las fronteras de tal Reino. Además, y finalmente, la ansiedad es infecunda; nunca consigue nada para satisfacer nuestra necesidad.

No podemos agregar a nuestra estatura un codo, por el mero hecho de acojarnos. Escuchamos así otra vez la sátira fina y delicada de nuestro Señor Jesucristo al referirse a la ansiedad abrumadora que con demasiada frecuencia esteriliza nuestras vidas; y oímos Su voz en este gran Manifiesto ético diciendo: «*No os afanéis ... vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas*» (v. 31-32).

Sin embargo, él nos hizo sentir la necesidad de experimentar una ansiedad verdadera cuando dijo: «*Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia*» (v. 33). Al usar la palabra ansiedad no quise decir una solitud impaciente, sino más bien un esfuerzo incesante.

Al considerar estas relaciones súper terrenales somos colocados frente a frente del hecho de que cuando no nos preocupa la opinión humana, sino más bien nos preocupa el pensamiento y el propósito de nuestro Padre, hemos encontrado el secreto de la obediencia a las demandas éticas de nuestro Señor.

De Los Grandes Capítulos de la Biblia.

Tal como eres

Cierto famoso pintor iba a pintar un cuadro de un barrio de su ciudad y quería incluir en su obra a ciertos personajes muy conocidos por todos. Entre aquellos que él deseaba pintar, se encontraba un barrendero rudo, andrajoso y sucio.

"Venga usted a mi estudio y permítame retratarle. Yo le pagaré por la molestia", le dijo un día el pintor al barrendero.

Al día siguiente, por la mañana, se presentó el hombre en el taller; pero fue despachado de inmediato, porque estaba lavado, peinado y bien vestido. El pintor lo necesitaba como realmente era él, andrajoso y sucio, y no le había invitado en otra categoría.

De la misma manera, el Señor te recibirá si acudes a él como pecador, pero no de otro modo. No procures reformarte; deja que Jesús te salve inmediatamente. Dios justifica al impío, lo que equivale a decir que te recoge a ti donde estés en este momento, y te recibe aun en el estado más deplorable. ¡Ven tal como estés!

Spurgeon, Totalmente por Gracia

Marido y mujer

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

Watchman Nee

“Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas” (Colosenses 3:18-19).

En primer lugar, toda persona casada —marido o esposa— necesita comprender que ser un marido o una esposa es un asunto muy serio.

Antes que alguien pueda iniciarse en una profesión, debe ser adecuadamente preparado. Ser un médico requiere de varios años de universidad, además de un tiempo de formación; un profesor pasará cuatro o cinco años estudiando pedagogía; un ingeniero debe cursar cinco o más años en la universidad; una enfermera tiene que estudiar cuatro años en una escuela de enfermería.

¿No es extraño, entonces, que alguien pueda ser un esposo o una esposa sin siquiera un día de entrenamiento? No es de asombrarse que haya tantos maridos y esposas fracasados. ¡Ellos nunca han aprendido cómo!

Si yo estoy enfermo, ¿me confiaría al cuidado de un médico o enfermero inexperto? Si necesito a alguien para instruir a mi hijo, ¿pediría ayuda de una persona iletrada? Si voy a construir una casa, ¿me atrevería a contratar a un arquitecto no calificado? Entonces, ¿es posible creer que un hombre pueda ser un buen marido, o una mujer ser una buena esposa, si nunca han aprendido cómo serlo?

Por lo tanto, todos los hermanos y hermanas casados deben aprender a asumir su responsabilidad delante de Dios. Dado que el matrimonio es más difícil que cualquier otra profesión, nadie debería demorarse en aprender diligentemente cómo vivirlo.

Cierra tus ojos

Lo primero que debes aprender después de casarte es a cerrar tus ojos para no ver.

Cuando dos personas viven juntos como marido y mujer, día tras día, año tras año, sin vacaciones o licencias por enfermedad, cada uno tiene suficiente tiempo para descubrir las debilidades del otro. Así que, tan pronto como estés casado, debes cerrar tus ojos.

El objetivo del matrimonio no es descubrir las debilidades de tu pareja. Recuerda, ella es tu esposa, no tu alumna; él es tu marido, no tu aprendiz. No se te demanda buscar las dificultades y debilidades de tu pareja con el fin de ayudar y corregir. Una familia debería ser construida sobre una base sólida. Por lo tanto, antes de casarte, tienes que abrir bien los ojos para comprenderlo todo, incluso las posibles dificultades. Pero después de casarte, ya no debes buscar entender más.

Si quieres buscar errores, tendrás muchas ocasiones para hacerlo. Puesto que Dios los ha puesto juntos, ambos tienen mucho tiempo para descubrir las deficiencias del otro. Por esta razón, lo primero que deben hacer los hermanos y hermanas casados es cerrar los ojos ante las dificultades y debilidades de su contraparte. ¡Ya verás lo suficiente sin mirar! ¡Y cuantas más dificultades habrá si se buscan a propósito!

Al unir dos personas como marido y mujer, Dios ha dispuesto que haya sujeción y amor en la familia. Él no le

pide al marido y a la mujer que encuentren y corrijan los defectos del otro. Él no ha establecido a los maridos para ser instructores de sus esposas o a las esposas para ser maestras de sus maridos.

Un esposo no necesita cambiar a su esposa, o una mujer a su marido. Cualquiera sea el carácter de la persona con quien te cases, debes esperar vivir con eso de por vida. No busques deliberadamente dificultades y debilidades con el fin de ayudar. Tal concepto de ayuda es básicamente erróneo. Las personas casadas deben aprender a cerrar los ojos. Deben aprender a amar, y no a ayudar o a corregir.

Aprender a ajustarse

Ajustarse es una lección que requiere ser aprendida de inmediato tras el matrimonio. No importa cuán parecidas sean las disposiciones de la pareja, tarde o temprano descubrirán muchas diferencias. Ellos aún tienen diferentes puntos de vista, preferencias y aversiones, opiniones e inclinaciones. Por lo tanto, después de casarse, deben aprender pronto a adaptarse el uno al otro.

1. Llegar a una solución intermedia

¿Qué se entiende por adaptarse? Significa que buscarás encontrar una solución intermedia. Es mejor si esto es mutuo; pero en caso de que no sea recíproco, tú puedes por lo menos

Para que una familia tenga éxito, el amor debe crecer continuamente, y no debe morir.

conceder a medias. Sin embargo, muchos problemas se resolverán si puedes transigir de forma absoluta para llegar a un acuerdo. Cuando esto no es posible, sigue siendo bueno buscar una solución intermedia.

En otras palabras, después de que el hermano y la hermana se han convertido en marido y mujer, ambos deberían aprender a hacer ajustes en todas las cosas. Si se puede ajustar plenamente, bien; si no es así, adáptate por lo menos a medias.

Aprende a buscar un acuerdo con el otro. No insistas en tus opiniones, estando siempre dispuesto a cambiar tus puntos de vista. Aunque tengas tus ideas, procura acomodarte a los pensamientos de tu pareja.

2. Aprende a negarte a ti mismo

Como cristianos, debemos aprender a negarnos a nosotros mismos. Negarse a sí mismo significa ajustarse a los demás. Tanto el marido como la esposa deberían aprender a ser más flexibles. Entonces, por lo menos habrá paz en la familia. Donde hay abnegación, habrá ajuste. Donde no existe sacrificio, la armonía también estará ausente.

Sé apreciativo y sensible

Una vez que estás casado, debes aprender de inmediato a apreciar los puntos fuertes de tu pareja.

1. Reconoce las fortalezas del otro

No solo debemos ser complacientes y cerrar los ojos ante las debilidades; también debemos aprender a valorar los puntos fuertes de la otra parte. Debemos ser sensibles a las cosas que están bien hechas. Las relaciones familiares sufrirán mucho si el marido no sabe apreciar a su esposa, o si la esposa no valora a su marido.

Recuerden, no necesitamos ni adular a nuestras esposas, ni buscar satisfacer la vanidad de nuestros maridos. Lo que se necesita es apreciarse mutuamente. Aprender a ver las fortalezas, las virtudes y la belleza del otro.

2. Da a conocer tu apreciación

La apreciación de un marido por su esposa no debe ser menor que la de cualquier otra persona. Su apreciación puede no ser mayor, pero al menos no debe ser menor que la de otras personas. ¿Por qué te casaste con ella si menosprecias su valor? O tu percepción era errónea entonces, o está errada ahora.

Lo mismo se aplica a la esposa. ¿Por qué te casaste con ese hombre si sientes que es la persona equivocada? Tú debes estar equivocada. Para tener

una familia feliz, el reconocimiento mutuo es esencial. Que no sea que otros alaben a tu pareja mientras tú la criticas.

Observa los puntos fuertes de tu pareja y sé consciente de sus virtudes. Cuando se presente la oportunidad, confiesa públicamente lo que has observado y sentido. Esto no es ser pretencioso, porque estás diciendo la verdad. Cuando el marido y la esposa se valoran mutuamente de esta manera, se fortalece el vínculo familiar.

Sé cortés

Una familia debe ser cortés entre sí. Es abominable la falta de cortesía. Nosotros deberíamos ser corteses con todo el mundo. Por muy familiarizado que estés con una persona, la perderás como amiga si careces de educación. Pablo nos dice que el amor *«no hace nada indebido»* (1 Cor. 13:5).

A menudo, los problemas familiares son causados por pequeñas cosas. El tiempo en que una persona es menos amable es cuando está en casa. Piensas que, como tu esposa o tu esposo es la persona más íntima para ti, puedes ser menos considerado. Pero debes recordar que la cortesía embellece el contacto humano. Una vez que ésta desaparece, todas las partes feas de la vida serán reveladas.

Por muy familiares que sean las personas, la cortesía debe mantenerse. Un hermano explicó bien esto diciendo que la cortesía es como el aceite lubricante de una maquinaria. Sin cortesía habrá fricción y sentimientos desagradables.

Deja crecer el amor

Para que una familia tenga éxito, el amor debe crecer continuamente, y no debe morir. El amor requiere ser alimentado por la adaptación, el sacrificio, la abnegación, la comprensión, la simpatía y el perdón. Todo esto debe ser repetido una y otra vez. Si se nutre, el amor puede crecer bellamente. Pero si las personas no buscan el disfrute de los demás sino solo su propio bienestar, su amor pronto se debilitará y morirá.

Renuncia al egoísmo

Otra condición importante de la vida familiar es no ser egoísta.

1. Busca complacer al otro

Si estás casado, vive como una persona casada. No debes actuar como una persona soltera. La palabra de Dios dice: *«el casado tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer ... (y) la casada tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido»* (1 Cor. 7:33-34). Probablemente la mayor dificultad que enfrenta una familia es el egocentrismo.

Permitir la libertad, la privacidad y las posesiones privadas

En la familia, cada uno debe permitir al otro cierta libertad, privacidad y posesiones privadas. Tanto el marido como la mujer deben aprender a dar libertad a su pareja. Cada uno debe tener su propio tiempo, dinero y pertenencias. El hecho de que exista una relación de marido y esposa no es razón para que estas cosas sean usurpadas. Necesitas aprender a mantener tu lugar. De lo contrario, algo pequeño como esto puede causar un gran conflicto.

Cada marido y cada mujer debería tener su propia privacidad. Esto es perfectamente legítimo. Es lícito para la mano izquierda hacer algo sin notificar a la mano derecha (Mateo 6:3). Por lo tanto, aprende a respetar el privilegio individual de cierta intimidad. Esto ayudará a evitar muchos problemas.

Aprende a resolver los problemas

Ahora, ¿cómo resolver los problemas familiares? Los esposos no pueden evitar tener algunas diferencias y dificultades. Pero, siendo ellos adultos e hijos de Dios, deben entender primero dónde están sus diferencias y dificultades. Antes de intentar resolver cualquier asunto, se requiere saber dónde está el problema. Después

de identificar dónde está el conflicto, será posible buscar su solución.

Es mejor que el esposo y la esposa conversen sobre las cosas. Los de fuera no deben interferir al principio, aunque más tarde puede haber ocasión para ayudar. En primer lugar, es bueno que las dos personas intercambien libremente sus puntos de vista. Los sucesos no deberían ser conocidos por otros y ser difundidos mientras aún no se han tratado en casa.

A veces, las cosas relacionadas con el marido son conocidas en muchos lugares, y sin embargo, el marido las ignora. Las cosas entre marido y mujer deberían decirse uno al otro. Provean la ocasión para un consejo de familia. Antes de hablar, deja que tu pareja termine su propia exposición. Evita hablar monopolizando la conversación. El marido debe oír a la esposa y la esposa al marido.

Cuando se sienten para hablar, discutan sus conflictos objetivamente. Si lo hacen de manera subjetiva, el diálogo no tendrá éxito. El propósito de su conversación es descubrir qué es lo correcto. Ninguno sabe quién tiene la razón, así que ambos deben anhelar hallar la verdad. Ustedes deben hablar y luego orar.

Busquen una solución a través de la oración. Pidan al Señor que les haga entender a ambos dónde está el pro-

blema. Por lo general, al orar por segunda vez, la mayoría de los asuntos son resueltos. El problema de muchos es que no se han sentado a escuchar objetivamente. Cuando lo hacen, la mitad de su dificultad está resuelta; pronto serán capaces de descubrir el foco real del problema.

A menudo, en la vida familiar, el esposo y la esposa necesitan confesarse y perdonarse mutuamente. No se trata solo de pasar por alto sus fallas, sino que deben confesarlas. Cada uno debe confesar su propia culpa y perdonar la culpa del otro.

Cuando tienes la culpa, confiesa. Pero ¿qué debes hacer cuando la culpa es de tu pareja? Recuerda que tu relación familiar es como todas las otras relaciones cristianas. Cuando tu contraparte está errada, aprende a perdonar en lugar de indagar.

Porque el amor «*no guarda rencor*» (1 Cor. 13:5). El amor no registra cada error; más bien, aprende a perdonar. Tan pronto como un pecado es perdonado, es olvidado. El amor no se

comporta como Pedro en Mateo 18, contando cada pecado y limitando la medida del perdón. El perdón real no toma en cuenta el tiempo; pecado perdonado es pecado olvidado. Para que una familia prospere, debe haber perdón.

Viviendo juntos delante de Dios

Para resolver los problemas familiares y vivir felizmente juntos, es necesario que la pareja tenga una vida real de comunión delante de Dios. En especial los padres con niños deben darse tiempo para orar juntos. Cada pareja necesita ese tiempo para esperar en Dios y para deliberar sobre las cosas espirituales.

Tanto el esposo como la esposa deben aceptar mansamente el juicio de la luz de Dios. El esposo no debe tratar de salvar sus apariencias; tampoco la esposa. Debe haber compañerismo juntos. Pasar tiempo en orar y deliberar juntos. Para tener una buena familia, ambos deben vivir delante del Señor.

Traducido de *Spiritual Exercise*, cap. 33.

Pensamientos de Hudson Taylor (1832-1905)

«Asegúrate de que realmente vale la pena morir por lo que tú vives».

«No puedes impedir que el diablo pase por tu calle, pero puedes impedir que se detenga en tu casa».

«No trates de llevar la carga de mañana con la fuerza que recibiste hoy».

«Nuestra fe quizás no sea grande, pero descansa en un Dios grande».

«Más que nuestro servicio, Dios desea nuestro amor».

«Es más importante descubrir lo que Dios quiere decirme en un momento difícil, que salir de ese momento».

Hijos, autoridad y sociedad

El colapso de la disciplina en la sociedad actual.

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra” (Efesios 6:1-3).

Vivimos en un mundo en que vemos un alarmante colapso en la disciplina. El desorden en este sentido reina por doquier. Hay un colapso en la disciplina en todas las siguientes unidades fundamentales de la vida: en el matrimonio y en las relaciones familiares. Cunde un espíritu de anarquía, y las cosas que antes prácticamente se daban por hecho no solo se cuestionan sino que son ridiculizadas y desechadas.

No hay duda de que estamos viviendo en una época en que hay un fermento de maldad obrando activamente en la sociedad en general.

Podemos decir más —y estoy diciendo sencillamente algo en que todos los observadores de la vida coinciden, sean cristianos o no—, y afirmar que, de muchas maneras, estamos frente a un colapso y desintegración total de lo que llamamos civilización y socie-

dad. Y no hay ningún aspecto en que esto sea más evidente que en la relación entre padres e hijos.

Sé que mucho de lo que estamos viendo es probablemente una reacción de algo que, por desgracia, era demasiado común hacia el final de la era victoriana y en los primeros años del siglo XX. Hablaré más de esto más adelante, pero lo menciono ahora de pasada a fin de presentar este problema con claridad.

No hay duda de que existe una reacción contra el tipo de padre severo, legalista y casi cruel. No estoy excusando la posición actual, pero es importante que la comprendamos, y que tratemos de investigar su origen. Pero sea cual fuere la causa, no hay duda que tiene su parte en este colapso total en materia de disciplina y en las normas de conducta.

Nota del Editor: Este artículo fue escrito hace más de cuarenta años. Es sorprendente su actualidad, aunque, por otra parte, la situación que describe es aún más desenfundada en este tiempo.

En tiempos de impiedad

La Biblia, en su enseñanza y en su historia, nos dice que esto es algo que siempre pasa en épocas irreligiosas, en épocas de impiedad.

Como prueba de ello, tenemos un excelente ejemplo en lo que el apóstol Pablo dice acerca del mundo en la epístola a los Romanos, en la segunda mitad del primer capítulo, desde el versículo 18 hasta el final. Allí nos da una descripción horrorosa del estado del mundo en el momento cuando vino nuestro Señor. Era un estado de total descontrol.

Y entre las diversas manifestaciones de ese descontrol que enumera, incluye precisamente el asunto que estamos ahora considerando.

Primero, dice: *«Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen»* (Rom. 1:28). Enseguida sigue la descripción: *«estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia»* (29-31). En esa lista horrible, Pablo incluye esta idea de ser desobedientes a los padres.

También en la segunda epístola a Timoteo, probablemente la última carta que escribiera, lo encontramos diciendo en el capítulo 3, versículo 1: *«En los postreros días vendrán tiempos peligrosos»*. Luego detalla las características de esos tiempos: *«Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios»* (2 Tim. 3:2-4).

En ambos casos, el apóstol nos recuerda que en los tiempos de apostasía, en los tiempos de total impiedad e irreligión, cuando los mismos fundamentos tiemblan, una de las manifestaciones más impresionantes de descontrol es la «desobediencia a los padres».

¿Cuándo se darán por enteradas las autoridades civiles de que hay una relación indisoluble entre la impiedad, la inmoralidad y la decencia? Existe un orden en estas cuestiones. *«Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad»*, dice el apóstol en Romanos 1:18. Si tienes impiedad, serás siempre insubordinado. Pero la tragedia es que las autorida-

des civiles –sea cual fuere el partido político en el poder– parecen todas regirse por la psicología moderna en lugar de las Escrituras. Todas están convencidas de que pueden manejar la insubordinación directamente, aisladamente. Pero eso es imposible.

La actitud de los creyentes

La insubordinación es siempre el resultado de la impiedad. La única esperanza de recuperar alguna medida de la rectitud y justicia en la vida es tener un avivamiento de la piedad. Eso es precisamente lo que el apóstol les está diciendo a los efesios y a nosotros.

Por lo tanto, las condiciones actuales demandan que consideremos la afirmación del apóstol. Creo que los padres e hijos cristianos, las familias cristianas, tienen una oportunidad única de testificar al mundo en esta época, simplemente por ser diferentes. Podemos ser reales evangelistas demostrando esta disciplina, este respeto al orden público, esta verdadera relación entre padres e hijos. Podemos, actuando bajo la mano de Dios, llevar a muchos al conocimiento de la verdad. Por lo tanto, sea ésta nuestra actitud.

Pero existe una segunda razón por la que todos necesitamos esta enseñanza. Según las Escrituras, no solo la necesitan los cristianos en la forma como he estado indicando, sino que

los cristianos necesitan esta exhortación también porque el diablo aparece en este momento de una forma muy sutil y trata de desviarnos.

En el capítulo 15 del Evangelio de Mateo, nuestro Señor toca este tema con los religiosos de su época porque, de un modo sutil, estaban evadiendo uno de los claros mandatos de la Ley. Los Diez Mandamientos les decían que honraran a sus padres, que los respetaran y cuidaran. Pero lo que estaba sucediendo era que algunos, que pretendían ser ultra religiosos, en lugar de hacer lo que el mandamiento ordenaba, decían en efecto: «Ah, he dedicado al Señor este dinero que tengo. Por lo tanto, no puedo cuidarlos a ustedes, mis padres».

El Señor lo dijo así: *«Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte, ya no ha de honrar a su padre o a su madre»* (Mat. 15:5-6). Estaban diciendo: «Esto es Corbán, esto es dedicado al Señor. Por supuesto que quisiera cuidarlos y ayudarlos, pero esto lo he dedicado al Señor». De esta manera, estaban descuidando a sus padres y sus obligaciones hacia ellos.

La obediencia a los padres

Por lo tanto, a la luz de estas cosas, notemos cómo el apóstol expresa el asunto. Comienza con los hijos, valiéndose del mismo principio que usó

en el caso de la relación matrimonial. Es decir, comienza con los que deben obediencia, los que han de sujetarse a ella. Comenzó con las esposas y luego siguió con los maridos. Aquí comienza con los hijos y sigue con los padres. Lo hace porque está ilustrando este punto fundamental: «*Some-teos unos a otros en el temor de Dios*» (Ef. 5:21). La orden es: «*Hijos, obedeced a vuestros padres*». Luego les recuerda el Mandamiento: «*Honra a tu padre y a tu madre*».

De pasada, notamos el punto interesante de que aquí, nuevamente, tenemos algo que distingue al cristianismo del paganismo. Los paganos en estos asuntos no relacionaban a la madre con el padre, sino que hablaban únicamente del padre. La posición cristiana, que es la posición judía según fue dada por Dios a Moisés, coloca a la madre con el padre.

El mandato es que los hijos deben obedecer a sus padres, y la palabra obedecer significa no solo escucharles, sino escucharles sabiendo que están bajo su autoridad. No solo oír, sino reconocer su posición de subordinación, y proceder a ponerla en práctica.

Pero es imprescindible que esto sea gobernado y controlado por la idea que lo acompaña: la de honrar. «*Honra a tu padre y a tu madre*». Esto significa respeto, reverencia. Esta es una parte esencial del Mandamiento. Los

hijos no deben obedecer mecánicamente o a regañadientes. Eso es malo. Eso es observar la letra y no el espíritu. Eso es lo que nuestro Señor condenaba tan fuertemente en los fariseos. No, los hijos tienen que observar el espíritu al igual que la letra de la Ley. Ellos deben reverenciar y respetar a sus padres, tienen que comprender su posición para con ellos, y deben regocijarse en ella. Tienen que considerarla un gran privilegio, y por lo tanto, tienen que hacer lo máximo siempre para demostrar esta reverencia y este respeto en cada una de sus acciones.

El desorden de esta época

La súplica del apóstol da a entender que los hijos cristianos deben ser totalmente lo opuesto a los hijos descarriados que por lo general muestran irreverencia hacia sus padres y preguntan: «Y ellos, ¿quiénes son? ¿Por qué tengo que escucharles?». Consideran a sus padres «pasados de moda» y hablan de ellos irrespetuosamente. Imponen su opinión y sus propios derechos y su «modernismo» en toda esta cuestión de conducta.

Eso estaba sucediendo en la sociedad pagana de la cual provenían estos efesios, tal como está sucediendo en la sociedad secularizada a nuestro alrededor en la actualidad. Leemos constantemente en los periódicos de cómo se está infiltrando este desor-

den, y cómo los hijos, según se expresa, «están madurando tempranamente». Por supuesto, tal cosa no existe. La fisiología no cambia. Lo que está cambiando es la mentalidad y actitud que llevan a la agresividad y a apartarse de ser gobernados por los principios y las enseñanzas bíblicas.

Uno escucha esto por todas partes: los hijos hablan irrespetuosamente a sus padres, los miran sin respeto, insubordinándose abiertamente a todo lo que les dicen, e imponen su propia opinión y sus propios derechos. Es una de las manifestaciones más grotescas de la pecaminosidad y el desorden de esta época.

Ahora bien, una y otra vez, Pablo se declara contra tal conducta, diciendo: «Hijos, obedeced a vuestros padres, honrad a vuestros padres y vuestras madres, tratadlos con respeto y reverencia, demostradles que sabéis vuestra posición y lo que significa».

El orden de Dios

Consideremos las razones por las cuales el apóstol da esta orden. La primera es—y las estoy poniendo en este orden particular por una razón que verás más adelante— *«porque esto es justo»*. En otras palabras: está volviendo a todo el orden de la creación establecido desde el principio, empezando por el libro de Génesis. Nos dice que, en lo que se refiere a los hijos, el orden existe desde el princi-

El colapso de la vida familiar, tarde o temprano, lleva al colapso de toda la sociedad.

pio. Siempre ha sido así, es una parte del orden de la naturaleza, es parte de las reglas básicas de la vida.

Esto es algo que encontramos no solo entre los seres humanos, sino también en los animales. En el mundo animal, la madre cuida a su hijo pequeño que acaba de nacer, vela por él, lo alimenta y lo protege. Este es el orden de la naturaleza. La cría en su debilidad e ignorancia, necesita la protección, dirección, ayuda e instrucción que le da su progenitor. Por eso, el apóstol Pablo dice: *«Obedeced a vuestros padres... porque esto es justo»*. Los cristianos no están divorciados del orden natural encontrado en toda la creación.

Es lamentable que sea necesario decirles esto a los cristianos. ¿Cómo puede ser posible que la gente se desvíe de algo que es tan totalmente obvio y se aplica al orden y curso de la naturaleza? Aun la sabiduría del mundo lo reconoce. Hay personas a nuestro alrededor que no son cristianas, pero creen firmemente en la disciplina y el orden. ¿Por qué? Porque toda la vida y toda la naturaleza lo indica.

Que un hijo se rebele contra sus padres y se niegue a escucharles y obedecerles es ridículo y necio. Es anti-natural que los hijos no obedezcan a sus padres. Están violando algo que claramente es parte de la estructura misma sobre la que se edifica la naturaleza humana y se ve en todas partes, de principio a fin. La vida ha sido planeada sobre esta base. Si no lo fuera, por supuesto, la vida muy pronto sería caótica, y terminaría con el fin de su propia existencia.

«*Esto es justo*». Hay algo en este aspecto de las enseñanzas del Nuevo Testamento que me parece muy maravilloso. Demuestra que no debemos dividir el Antiguo Testamento del Nuevo. No hay nada que demuestre más ignorancia que el que un cristiano diga: «Es claro que siendo ahora cristiano, el Antiguo Testamento no me interesa». Esto es totalmente errado porque, como el apóstol nos recuerda aquí, es Dios el que creó todo al principio y es Dios el que salva. Es un mismo Dios desde principio a fin.

Dios creó a varón y hembra, a padres e hijos, en todos los seres vivientes que encontramos en la naturaleza. Lo hizo de esa manera, y la vida tiene que conducirse según estos principios. Por lo tanto, el apóstol comienza su exhortación diciendo prácticamente: «¡Esto es justo, esto es básico, esto es fundamental, esto es par-

te del orden de la naturaleza. No se aparten de eso. Si lo hacen, están negando su fe, y negando al Dios quien estableció la vida de esta manera y la hizo funcionar según estos principios. La obediencia es justa».

Un mandamiento con promesa

Habiendo dicho esto el apóstol procede a su segundo punto. No solo es lo justo, dice, sino que es también «el primer mandamiento con promesa». «*Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa*» (Ef. 6:2). Quiere significar que honrar a los padres no solo es esencialmente justo, sino que es una de las cosas que Dios señaló en los Diez Mandamientos. Este es el Quinto Mandamiento: «*Honra a tu padre y a tu madre*» (Éx. 20:12).

¿Qué quiere decir el apóstol con la expresión «*el primer mandamiento con promesa*»? Este es un punto difícil, y no podemos dar una respuesta absoluta. Es obvio que no significa que este es el primer mandamiento que tiene una promesa adjunta, porque hemos de notar que ninguno de los otros mandamientos tiene una promesa adjunta.

Si fuera cierto decir que los mandamientos 6 al 10 tienen promesas adjuntas, entonces podríamos decir: «Pablo dice que ciertamente este es el primero de los mandamientos al que le incluye una promesa». Pero

ninguno de los otros tiene una promesa, así que ese no puede ser el significado.

Entonces, ¿qué significa? Puede significar que aquí, en el quinto mandamiento, comenzamos a tener enseñanzas con respecto a nuestras relaciones los unos con los otros. Hasta ese momento, los mandatos han sido con respecto a nuestra relación con Dios, su nombre, su obra, etc. Pero aquí empieza a hablar de nuestras relaciones unos con otros, por lo cual puede ser el primero en ese sentido.

Pero sobre todo, puede significar que es el primer mandamiento, no tanto en cuanto al orden sino al rango, y que Dios ansiaba grabar esto en la mente de los hijos de Israel por lo que agregó esta promesa a fin de hacerlo cumplir. Primero, por así decir, en rango y primero en importancia. No que en última instancia alguno de éstos sea más valioso que los demás, porque son todos vitales. No obstante, existe una importancia relativa.

Por lo tanto, lo interpreto así: esta es una de esas leyes que, cuando se descuidan, llevan al colapso de la sociedad. Nos guste o no, el colapso de la vida familiar, tarde o temprano, lleva al colapso en toda la sociedad. Este es, sin lugar a dudas, el aspecto más peligroso de la sociedad en la actualidad. Una vez que la idea de la familia, la unidad de la vida familiar, se quebranta: pronto se desprovee de

toda otra lealtad. Es lo más serio de todo. Y esa es quizá la razón por la cual Dios le agregó esta promesa.

Una relación más elevada

Pero creo que hay otra implicación aquí. Hay algo acerca de esta relación entre los hijos y los padres que es única en este sentido: señala aun otra relación más elevada. Después de todo, Dios es nuestro Padre. Ese es el vocablo que él mismo utiliza, ese es el vocablo que nuestro Señor usa en su oración modelo: «*Padre nuestro que estás en los cielos*». Por lo tanto, el padre terrenal es, por así decir, un recordatorio del otro Padre, el Padre celestial.

En la relación de los hijos con los padres, tenemos un ejemplo de la relación de toda la humanidad originalmente con Dios. Somos todos «hijos» frente a Dios. Él es nuestro Padre: «*Porque linaje suyo somos*» (Hech. 17:28). Así que de un modo muy maravilloso la relación entre padre e hijo es una réplica y un retrato, una predicación de esta relación total que subsiste entre los que son cristianos y Dios mismo.

Toda la relación de padre e hijo debe recordarnos siempre nuestra relación con Dios. En este sentido, esta relación particular es única. Esta relación nos recuerda que Dios mismo es el Padre y que nosotros somos los hijos. Hay algo muy sagrado en cuanto

a la familia, en cuanto a esta relación entre padres e hijos. Dios, de hecho, nos lo ha dicho en los Diez Mandamientos. Cuando se dispuso a dar este mandamiento: «*Honra a tu padre y a tu madre*», le agregó esta promesa. ¿Qué promesa? «*Que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da*».

No cabe duda que cuando la promesa fue dada originalmente a los hijos de Israel, significaba lo siguiente: «Si quieren seguir viviendo en esta tierra de promesa a la cual los estoy conduciendo, cumplan estos mandamientos, y éste en particular. Si quieren tener bendiciones y felicidad en la Tierra Prometida, si quieren seguir viviendo bajo mi bendición, cumplan estos mandamientos, especialmente éste». No cabe duda de que esta era la promesa original.

Pero ahora el apóstol generaliza la promesa porque está tratando aquí con gentiles al igual que con judíos seguidores de Cristo. Entonces, dice en efecto: «Ahora bien, si quieren que todo ande bien con ustedes, y si quieren vivir una vida larga y plena sobre la tierra, honren a su padre y a su madre». ¿Significa esto que si soy un hijo o una hija que honra a sus padres voy a vivir hasta la vejez? No, esto no es así. Pero la promesa sin duda significa esto: Si quieres vivir una vida bendecida, una vida plena bajo la bendición de Dios, obedece

este mandamiento. Él puede elegir mantenerte largo tiempo sobre esta tierra como un ejemplo y una ilustración. Pero sea cual fuere la edad que tengas cuando partas de este mundo, sabrás que estás bajo la bendición y la mano buena de Dios.

La obediencia en el Señor

Esto nos trae al tercer y último punto. Fíjate cómo lo expresa el apóstol: «*Hijos, obedeced a vuestros padres ... Honra a tu padre y a tu madre*» (Ef. 6:1-2). La naturaleza lo dicta, pero no solo la naturaleza: la ley lo dicta. Pero tenemos que ir aún más allá: ¡la gracia! Este es el orden: naturaleza, ley, gracia.

«*Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres*». Es importante que agreguemos esa frase «*en el Señor*» a la palabra correcta. No significa: «Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor». Es, más bien: «*Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres*».

Es decir, el apóstol está repitiendo justamente lo que dijo en el caso de esposos y esposas. «*Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor*» (Ef. 5:22). «*Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia*» (Ef. 5:25). Cuando llegamos a sus palabras a los siervos dice: «*Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo*» (Ef. 6:5).

Eso es lo que significa «*en el Señor*». O sea que esta es la razón suprema. Hemos de obedecer a nuestros padres y honrarles y respetarles porque es parte de nuestra obediencia a nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

En suma, esa es la razón por la cual debemos hacerlo. Hacerlo «*como al Señor*». Obedece a tu padre y a tu madre «*en el Señor*». Ese es el mejor y más excelente aliciente. Agradar al Señor, es prueba de lo que dijo, estamos avalando sus enseñanzas. Él dijo que había venido al mundo para redimirnos, limpiarnos de nuestros pecados, darnos una nueva naturaleza y hacernos hombres y mujeres nuevos. «Bien, compruébalo, demuéstralo con tus acciones».

Hijo, demuéstralo por medio de obedecer a tus padres: ¡serás entonces distinto a todos los demás hijos! No seas como esos hijos arrogantes, agresivos, orgullosos, fanfarrones y mal hablados que te rodean! ¡Demuestra que eres distinto, demuestra que el Espíritu de Dios mora en ti, demuestra que perteneces a Cristo! Tienes una oportunidad maravillosa, y le serás motivo de gran gozo y gran placer.

Pero hagámoslo también por otra razón. «*Hijos, obedeced a vuestros padres*» también por esta razón: cuando Jesús estaba en este mundo, así lo hizo. Eso es lo que encontramos en

Lucas 2:49: «*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?*».

La frase se refiere al Señor Jesús a los doce años. Había subido a Jerusalén con María y José. Éstos habían emprendido el viaje de regreso y habían viajado un día antes de descubrir que el muchacho no estaba entre los que viajaban con ellos. Regresaron y lo encontraron en el templo, en medio de los doctores de la Ley, oyendo, y haciendo y contestando preguntas, y todos los que lo oían se maravillaban de su sabiduría. Y él dijo: «*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?*». Tuvo esta experiencia a los doce años que le hizo entender cuál era su misión.

Pero luego dice la Biblia que volvió con ellos a Nazaret: «*Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos*». ¡El Hijo de Dios encarnado sometiéndose a María y José! Aunque tenía conciencia de que estaba en este mundo para atender los negocios de su Padre, se humilló a sí mismo y fue obediente a sus padres. Sigamos su ejemplo: comprendamos que lo estaba haciendo principalmente para agradar a su Padre en los cielos, a fin de poder cumplir su Ley en todo sentido y dejarnos un ejemplo para poder seguir en sus pasos.

Tomado de *Portavoz de la Gracia*.

Cómo el mundo científico actual, dominado por el naturalismo, niega a Dios y su acción creadora.

El Dios creador, voluntariamente desconocido

Ricardo Bravo

«Entonces Pablo poniéndose en pie en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, percibo que sois muy religiosos en todo sentido. Porque mientras pasaba y observaba los objetos de vuestra adoración, hallé también un altar con esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Pues lo que vosotros adoráis sin conocer, eso os anuncio yo. El Dios que hizo el mundo y todo lo que en él hay...» (Hechos 17:22-24).

La porción bíblica previa relata un importante hecho histórico ocurrido en el primer siglo de nuestra era.

El apóstol Pablo se encuentra en el centro del conocimiento mundial para esa época (Atenas), y se está enfrentando a los sabios y eruditos de Grecia, a los cuales les declara que todo lo creado anuncia la obra de un Diseñador glorioso y Todopoderoso (Sal. 19:1).

Más adelante en este mismo capítulo, la Escritura afirma que Dios pasó por alto los tiempos de ignorancia (17:30), pero ahora ya no, porque existen pruebas indubitables del acto creacional divino y de Jesucristo y su sacrificio y resurrección, como el único Camino al Padre, por lo cual solo

resta que el mundo sea juzgado en justicia (Hechos 17:31)

De la obra redentora realizada por Jesucristo en la Tierra existen variados y contundentes registros escritos que lo avalan como un hecho histórico. Por lo tanto la fe de los cristianos no es un estado mental, como lo quiere hacer creer la neurociencia hoy.

Muchas de las religiones orientales, tan de moda hoy en el mundo occidental, sí son un estado de la mente, pero el cristianismo no lo es, está enraizado en portentosos hechos históricos, registrados y escritos por historiadores judíos no cristianos (Flavio Josefo, 37-39 d. C.), por historiadores romanos (Cornelio Tácito, 56-117 d. C.), por autoridades políticas roma-

nas (Poncio Pilato, 26-36 d.C.), por historiadores griegos (Lucien, 100 d.C.), y registrado por la Biblia, principal escrito de la obra creadora y redentora de Dios. Se trata entonces de un enorme cúmulo de pruebas históricas que respaldan la vida y obra de Jesús descrita en los evangelios y demás libros del Nuevo Testamento.

Conociendo al Creador

Pero es muy interesante el hecho de que Pablo iniciara secuencialmente su discurso en Atenas, dando primero a conocer al Creador (Hech. 17:24), y en seguida a Cristo como Redentor y Salvador. Es lo mismo que se enseña en el primer capítulo de Juan y de Hebreos, donde el Salvador de hoy fue también el Creador en el principio de todo. Se trata de la misma Persona, el Hijo de Dios.

Sin embargo hoy el secularismo y el panteísmo científico niegan a Dios y su acción creadora; pero en su reemplazo alaban a lo creado y a lo prodigioso de la madre naturaleza y sus leyes.

Lo peligroso de estas filosofías es que están contaminando los fundamentos de la fe cristiana, y hoy se suele escuchar a ciertos creyentes que ser creacionista no está bien para un cristiano. Ser creacionista es ser retrógrado, anticuado, habiendo tantas explicaciones y teorías seculares acerca de los distintos orígenes.

Por su parte, la teología liberal no le da crédito literal al Génesis y dice seguir a Cristo pero a la vez afirma que la responsabilidad final respecto a las cosas que han sido hechas radica en las fuerzas evolutivas, lo que es validado por el panteísmo científico.

Ante estos últimos planteamientos cabría preguntarse si Cristo habrá sido creacionista. Una respuesta categórica, dada por el propio Jesús, se encuentra en Marcos 10:6.

Panteísmo sí, Creacionismo, no

El fin último de la investigación científica debiese ser la búsqueda de la verdad, independiente de si ésta se enmarca en el ámbito natural o sobrenatural. Sin embargo, se parte investigando con un supuesto a priori, esto es que solo se reconocerá aquello que esté validado por las leyes y principios naturales, en el marco de la filosofía denominada «Naturalismo Metodológico».

Cuando los resultados de las investigaciones son tan extraordinarios que sobrepasan a la explicación naturalista, como la fabulosa belleza matemática con que funciona el universo, o lo prodigioso de la información codificada contenida en el ADN de los genes, se apela al panteísmo científico. Entonces se leen artículos científicos o se escuchan conferencias académicas donde se incluyen frases como: «la gran sabiduría de la ma-

dre naturaleza», o «es una maravilla como la evolución descubre soluciones a los problemas de los seres vivos».

Frases de este tipo son totalmente aceptadas en revistas y libros científicos, pero apelar al Diseño Inteligente o a un acto de Creación para explicar la alta complejidad bioquímica y molecular de los seres vivos, o a la fabulosa estructura ecosistémica de la Tierra, por ningún motivo.

La mano humana, un prodigio sobrenatural de diseño biomecánico no reconocido como tal

La mano humana, dotada de cuatro dedos y un pulgar oponible, puede realizar las tareas más finas y complejas, como enhebrar una aguja, o interpretar complejas obras musicales en violín o piano.

Está compuesta de un conjunto de 27 huesos (ubicados en el carpo, metacarpo y dedos), unidos por más de 120 ligamentos. Posee además tendones, nervios, vasos sanguíneos, y cartílagos.

Todo ello actúa de modo finamente coordinado ante un movimiento de la mano. Y si es el dedo pulgar el que está trabajando, entonces es una gran cantidad de neuronas cerebrales las que participan, llegando a ocupar cinco veces más espacio en nuestro cerebro que lo que ocupa una pierna

que se activa. Tal es la complejidad de la mano humana.

Por ello es que cuando una persona sufre un accidente grave en algunas de sus manos, con un nivel de traumatismo mayor, se hace muy difícil encontrar un cirujano de manos que se haga cargo de intervenir quirúrgicamente al accidentado.

Es más fácil encontrar un cirujano de caderas, de rodillas o de hombros, pero hallar un buen cirujano de manos es muy difícil, lo que revela en alguna medida la alta complejidad de esta parte de nuestro cuerpo.

Recientemente, un interesante artículo científico que da cuenta de una profunda investigación sobre la anatomía de la mano humana, tuvo que ser retirado por la revista científica que lo publicó, debido a las innumerables críticas que llegaron a la dirección de la revista, porque el artículo en cuestión hacía referencia en el texto a un «Creador», como responsable del fabuloso diseño de la mano.¹

El artículo que fue revisado por pares científicos, y publicado en la revista Plos One el 5 de enero de 2016, exploró el vínculo entre la arquitectura biomecánica de la mano y su extraordinaria capacidad para coordinar los movimientos. Fue escrito por reconocidos investigadores de prestigiosos centros de investigación científica (Huazhong University of

Los sabios de hoy disponen de mucho conocimiento científico que da cuenta del Creador a través de las cosas hechas.

Science and Technology de China y Worcester Polytechnic Institute de Massachusetts, EE. UU.)

El estudio concluyó que la relación entre la estructura anatómica de la mano y su capacidad para asir objetos es «el diseño apropiado por parte del Creador para llevar a cabo una multitud de tareas diarias de forma cómoda». En el artículo escribieron la palabra «Creador» con mayúscula, dando a entender con ello algún tipo de participación sobrenatural en el diseño de la mano.

Las críticas desde el ambiente científico fueron feroces, emanadas desde investigadores devotos del evolucionismo mundial, donde algunos de ellos hablaban no solo de eliminar el artículo sino la revista completa. Ello obligó finalmente a la revista a sacar el artículo y retractarlo para que no pueda ser citado.

¿Cuál fue el grave problema de la publicación? ¿Tal vez las hipótesis mal planteadas? ¿O quizás los resultados eran inconsistentes con la metodología? No, todo esto estaba bien. La

única falla fue inferir, después de haber comprobado experimentalmente que la mano humana funcionaba de modo tan espectacular, que la mejor explicación apuntaba a que esta habría sido diseñada por el Creador.

El error fue el no haber concluido que la mano humana surgió por procesos evolutivos a lo largo de millones de años. Si el escrito hubiese incluido una frase panteísta, como por ejemplo, «la madre naturaleza diseñó la mano humana prodigiosamente», entonces nadie habría presionado a aquella revista científica para que retractara el artículo después de haberlo publicado.

Los científicos chinos, intentando sobrevivir en el difícil mundo científico dominado por el naturalismo ateo, escribieron a la revista señalándoles que en realidad lo que ellos quisieron decir fue que el apropiado diseño de la mano humana fue dirigido por la naturaleza (como resultado de la evolución). «Si ustedes nos permiten, cambiaremos la palabra *Creador* por *naturaleza*», dijeron.

Pero los directores de la revista Plos One tenían fuertes presiones de todo el mundo, con amenaza de cierre de su revista, por lo que finalmente no aceptaron la propuesta de los científicos chinos y Norteamericanos. Efectivamente, si la palabra naturaleza en vez de Creador hubiese estado des-

de el principio, ello habría satisfecho los criterios panteístas de la ideología evolucionista y no habría habido ningún problema con la publicación.

Que la mano humana posee un diseño extraordinario y que además es única en el reino animal ha sido comprobado también por otros investigadores.

Un reciente estudio que intenta establecer relaciones de ancestro descendencia entre monos y humanos por medio de una comparación anatómica de la mano², concluye que una simple relación morfológica como lo es comparar el tamaño del pulgar respecto al dedo, entre humanos y monos, «no permite establecer hipótesis competentes» acerca de la eventual evolución humana a partir de los monos porque la mano humana tiene una conformación morfológica única.

La mano humana está dotada con miles de mecano-receptores de diferentes tipos distribuidos a través de la piel, cada uno innervado por uno o más grandes fibras nerviosas cubiertas con mielina.

Estas fibras transmiten toda la información sobre los eventos de contacto que experimentan nuestros dedos y nos proporcionan una exquisita sensibilidad acerca de las propiedades de forma y superficie de los objetos que son tocados.³

Debido a este maravilloso diseño de la mano humana, es que un pianista notable como lo fue Claudio Arrau, podía arrancar de las teclas del piano las extraordinarias obras maestras de Beethoven, y llegar con sus dedos en fracciones de segundos a las teclas exactas en los tiempos exactos, con la delicadeza y presión adecuada, realizando notas tan complejas como el cubrir una décima (de mi bemol a sol bemol).

Diseño sí, pero sin diseñador

El naturalismo metodológico forma parte de las bases del funcionamiento científico actual y está declarado explícitamente como tal. En 1999, una de las más importantes revistas científicas del mundo⁴ publicaba un artículo en que afirmaba lo siguiente: «Incluso si todos los datos apuntan a un diseñador inteligente, tal hipótesis queda excluida de la ciencia porque no es naturalista».

Otros naturalistas como Richard Dawkins han afirmado que cuando se descubre diseño en la naturaleza, debemos fingir que en realidad no estamos viendo diseño. Dawkins escribió: «La biología es el estudio de cosas complicadas que dan la apariencia de haber sido diseñadas para un propósito»⁵.

Los sabios de hoy han tenido múltiples opciones de escuchar y acceder a la Palabra de Dios, y también dis-

ponen de mucho conocimiento científico que da cuenta del Creador a través de las cosas hechas. Sobre todo a los intelectuales y sabios de las Américas se les ha dado mucho más conocimiento de Dios respecto a otras regiones de la Tierra, especialmente en el último siglo.

Por el contrario, los sabios griegos del primer siglo no tuvieron el enorme conocimiento científico que hoy apoya el accionar de un Creador en los orígenes de todo, incluyendo al ser humano y sus manos extraordinarias, ni tampoco sabían de Cristo y su obra redentora. Ellos no conocían a Dios, hasta que vino el apóstol Pablo y se los dio a conocer.

Hoy, 2.000 años después, con el evangelio predicado en múltiples instancias, y con toneladas de información científica que avalan al Creador y su portentosa obra, muchos científicos y filósofos prefieren engañarse a sí mismos diciendo que las complejidades observadas tienen solo apariencia de haber sido diseñadas.

Es la absurda paradoja de que reconocen diseños extraordinarios en los seres vivos y en la naturaleza que les rodea pero niegan tajantemente que exista un Diseñador que las creó.

Entonces ya no se trata de ignorancia obligada. Definitivamente, ellos ignoran voluntariamente al Creador.

Bibliografía

1. Ming-Jin Liu, Cai-Hua Xiong, Le Xiong, Xiao-Lin Huang. 2016. Biomechanical Characteristics of Hand Coordination in Grasping Activities of Daily Living. (PLOS ONE. DOI:10.1371.
2. Almécija S., J.B. Smaers & W.L. Jungers. 2015. The evolution of human and ape hand proportions. Nature Communications|6:7717|DOI: 10.1038/ncomms8717.
3. Hannes S. *et al.* 2017. Simulating tactile signals from the whole hand with millisecond precision. PNAS, 114 (28).
4. Scott T. 1999. A view from Kansas on that evolution debate. *Nature*, Vol. 401:423.
5. Dawkins R. 1986. The Blind Watchmaker. Ed.: WW Norton & Co.

El Amo de todos

El doctor W. Griffith Thomas solía contar la historia de un pobre negro que había sido alcohólico empedernido la mayor parte de su vida. Muchos habían intentado ayudarlo, pero sin resultado. Un día recibió a Cristo en su corazón, y entonces obtuvo la victoria. Tiempo después, le encontró un amigo que le dijo: «Moisés, he oído que por fin has dominado al viejo demonio». «No –contestó Moisés–, pero he encontrado al Amo incluso del diablo, y esto es lo que cuenta».

Samuel Vila

Cartas de nuestros lectores

Apologética

Soy testigo del amor y la fidelidad de Dios al recibir la revista. Todo su contenido es útil y necesario para el cuerpo de Cristo. En estos últimos tiempos he estado escuchando con mucho interés los artículos de Apologética y han sido de gran ayuda para la iglesia. Pero, de forma general, encuentro en cada artículo el reflejo de una necesidad vigente en la realidad actual del pueblo de Dios. Cuánta necesidad existe de los temas que en ella se abordan. Que el Señor les siga guiando en esta obra maravillosa y nos siga dando sabiduría para que seamos cada día conformados a la imagen de Cristo.

Alexis Safont (Cuba).

Muy cercanos

Desde que les conocí en el año 2012, a través de la página, he sido confortada y bendecida por medio de sus escritos, las canciones, las predicaciones y la revista. Aunque no les conozca personalmente, los siento muy cercanos. Me alegra enormemente la obra del Señor en ustedes y cómo comparten generosamente el alimento que de él reciben. Aquí, varios hermanos leen asiduamente cada publicación y muchas veces me han comentado cuánto les bendice: 'Oro en polvo ... Pan de vida fresco', son algunas de sus expresiones

que me vienen a la mente en este momento. Gracias por este servicio tan precioso que realizan con humildad y sencillez de corazón; gracias por ser instrumentos útiles para edificación del cuerpo de Cristo. Reciban aliento del Señor. Nos separan muchos kilómetros, pero nos une, por encima de las distancias terrenales, el amor de Cristo Jesús.

Emilse Venturoli (Argentina).

Leche espiritual

Damos gracias al Señor nuestro Dios porque como miembros de su precioso Cuerpo lleváis la leche espiritual por muchas partes del mundo y entre ellas tenemos el privilegio de recibirla en el lugar donde vivimos. El Señor os llene abundantemente y os dé toda provisión. Siempre estamos con todos vosotros con mucho amor, y os bendecimos.

Cecilia y María Cecilia (España).

Sana doctrina

Dios les bendiga, mis hermanos y hermanas de Aguas Vivas. Cuánto gozo nos da el recibir este preciado material, el cual nos ha sido de mucha ayuda en nuestra vida espiritual. Es de gran valor compartir las enseñanzas que nos provee. Su apogeo a la sana doctrina nos ayuda a crecer.

Roiner Cruz (Cuba).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

N° 93 · Enero a Abril 2019.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.